

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, ENERO 13 DE 1934 — No. 23

VISTO Y OIDO ★ *Pasa por el fuego sin quemarse* ★ por PREMIANI

La SALAMANDRA ACUMULA AGUA en su CUERPO y CUANDO HACE CALOR SE DA UNA DUCHA por LOS POROS. DE AQUÍ QUE PUEDA VIVIR un TIEMPO en el FUEGO.—

★

En HOLANDA se CULTIVAN TULIPANES NEGROS.

El GRAN CONSEJO de LOS TUDORES de INGLATERRA se REDUJO DURANTE el REINADO DE GUILLERMO de ORANGE a un PEQUEÑO CONSEJO PRIVADO QUE SE REUNÍA en un GABINETE del PALACIO REAL. DE AHÍ el NOMBRE de GABINETE QUE SE DA, AUN en las REPÚBLICAS al CONJUNTO de MINISTROS.

El HOMBRE QUE MÁS AVANZÓ en la EXPLORACIÓN del POLO NORTE fué el CAPITÁN PEARY, el SEGUNDO EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS y el TERCERO el Dr. NANSEN.

Una ESTATUA GRIEGA EMPLAZADA en el SIGLO XVI en la CALLE ROMANA PERIONE, FRENTE a la CASA del MAESTRO PASQUINO, SIRVIÓ de PUNTO de REUNIÓN DE CLÉRIGOS y de DEPÓSITO de VERSOS SATÍRICOS, en SU MAYOR PARTE DE ESTUDIANTES. De AHÍ PROVIENE EL NOMBRE de los PASQUINES. Luego SE COLOCÓ CERCA OTRA ESTATUA, la de MARFORIO, QUE PERSONIFICA un RÍO, y DESDE ESTA CONTESTABAN OTROS VERSOS a los de PASQUINO.

PERIONE

MARFORIO

DONDE SU FUEGO NUNCA SE APAGA

POR
MAY SINCLAIR

Ilustración de Parpagnoli

NO había nadie en el huerto. Con prudencia Enriqueta Leigh salió por el portón al campo, sin hacer ruido con la aldaba, sin que nadie la notara, y siguió la senda que desde el huerto iba a la barrera, donde bajo el saúco en flor, la esperaba Jorge Waring.

Muchos años después, cuando pensaba en Jorge Waring, Enriqueta revivía el dulce y cálido olor de vino de la flor de saúco, y cuando olía flores de saúco reveía a Jorge Waring con su hermosa cara de poeta o de músico, sus ojos azul negro y su cabello pardo oliva. Era teniente de marina.

Ayer le había pedido que fuera su esposa, y ella había consentido. Pero su padre no quiso, y ella había venido para decírselo y decirle adiós, antes que partiera en su buque al día siguiente.

—Mi padre no nos deja. Es un bruto. Dice que somos demasiado jóvenes. Quiere que esperemos tres años más.

—Tres años hasta que nos comprometamos no más. Ya podríamos morir. Cumplí veinte años en agosto —dijo el ofendido.

—Y yo tendré diez y siete en diciembre.

—Y ahora es junio. Realmente, ya somos viejos.

Ella lo abrazó para darle seguridad.

A través del campo oyeron al reloj de la aldea dar las siete. En la casa sonó un gong.

El la estrechó más fuerte. Duró eso cinco minutos, y otros cinco más. Luego se apartó él hasta su tren en la estación, mientras ella volvía despacio, luchando con sus lágrimas.

—En tres meses estará de vuelta —se decía ella—. Luego vivir tres meses más.

Pero no volvió más. Algo andaba mal en las máquinas de su buque, que tres semanas más tarde se hundía en el Mediterráneo, y Jorge Waring con él.

Enriqueta ya no temía morir pronto, pues no podía vivir sin él.

Enriqueta Leigh esperaba sentada en la sala de su casita en Maida Vale, donde vivía desde la muerte de su padre, pocos años antes.

Estaba inquieta, no sacaba la vista del reloj esperando las cuatro, la hora que había fijado Oscar Wade. No estaba segura que vendría, después que ella lo había rechazado ayer.

Ahora se preguntaba ella por qué, si ayer lo había rechazado definitivamente, lo recibía hoy. Sus motivos no los encontraba claros ella misma. No debería verlo más, nunca más.

Con toda claridad le había demostrado lo que quería decirle. Se veía a sí misma, tiesa en su silla, sintiéndose entusiasta de su propia integridad, mientras él quedaba de pie ante ella, cabizbajo, avergonzado y vencido; ella sentía otra vez cómo vibraba su propia voz repitiendo que no podía y no podía, que él debía ver que no podía, que no cambiaría su decisión, que no podía olvidar que él tenía una esposa, que él tenía que pensar en Muriel.

A lo que él respondió con ira: "No necesito pensar en ella. Ya pasó todo. Sólo vivimos juntos por las apariencias".

Y ella, serenamente, con gran dignidad: "Y por las apariencias, Oscar, debemos dejar de vernos. Por favor, váyase".

—¿Lo dice de veras?

—Sí. No debemos vernos nunca más.

Y él se había ido avergonzado y vencido.

Se lo podía imaginar, cómo cuadraba sus anchas espaldas para soportar el golpe. Y ella lo sentía por él. Se decía que había sido dura sin necesidad. ¿No podrían volverse a ver, ahora que había trazado un límite? Hasta ayer ese límite no estaba claro. Hoy quería pedirle que olvidara lo que él había dicho.

Eran las cuatro. Las cuatro y media. Las cinco. Ya había tomado su té y renunciado a verlo, cuando entre las cinco y media y las seis llegó él.

Vino como había venido una docena de veces. Con su paso mesurado y cauto, con su porte erguido, sus grandes espaldas alzándose en ritmo, con una cierta arrogancia contenida. Era un hombre de unos cuarenta años, alto y ancho, de caderas estrechas y cuello corto, con gran cara cuadrada y rósea en que parecían chicos sus rasgos rectos y hermosos. El bigote muy corto, pardo rojizo, erizando el labio que avanzaba. Sus ojos chicos y planos brillaban, pardos rojizos, ansiosos y animales.

Gustaba de pensar en él cuando no estaba cerca, pero siempre recibía un choque al verlo. Físicamente estaba muy lejos de su ideal; era tan diferente de Jorge Waring.

El se sentó frente a ella. Hubo un silencio embarazante, roto por Oscar Wade.

—Bueno, Enriqueta, usted me dijo que podía venir.

Parecía echar toda la responsabilidad sobre ella.

—Oh, sí, Oscar, lo he perdonado.

El dijo que mejor era demostrarlo yendo a cenar con él. No pudo ella darse razones para negarse, y fué, sencillamente.

El la llevó a un restaurant en Soho. Oscar Wade comía como un gurmé, hasta con ostentación, dando a cada plato su importancia. Ella gustaba de su liberalidad ostentosa; él no poseía ninguna de las virtudes mezquinas.

Terminó la cena. Su silencio embarazado y su sonrojo decían lo que estaba pensando. Pero cuando la acompañó a casa, la dejó en el portón del jardín. Lo había pensado mejor.

Ella no estaba segura de si se alegraba o afligía por todo eso. Había gozado de su momento de exaltación virtuosa, pero no hubo alegría en las semanas siguientes. Había querido dejar a Oscar Wade porque no la atraía mucho, y ahora lo deseaba con furia, con perversidad, porque había renunciado a él antes.

Cenó con él otra y otra vez, hasta que conoció al restaurant de memoria: las paredes blancas con paneles de contornos dorados, los pilares blancos y dorados, las blandas alfombras turcas, azul y carmesí; los almohadones de terciopelo carmesí que se prendían a su saya, los destellos de plata y cristalería en las innúmeras mesas circulares. Y las fachas de los clientes, de todos colores y expresiones, y las luces en sus pantallas rojas, que teñían el denso aire como el vino rojo al agua. Y la cara de Oscar, roja por la cena. Siempre, cuando él se echaba atrás en su silla y pensaba, ella sabía en qué. Cuando él alzaba sus pesados párpados, fijaba los ojos en ella, considerando, cavilando.

Ella no sabía en qué acabaría eso. Recordaba a Jorge Waring y su propia vida desilusionada. No lo había elegido a Oscar, y realmente no lo había deseado, pero ahora que él se había impuesto, no podía dejarlo ir.

Ella estuvo cierta del final antes que él. Sólo que no sabía cuándo y cómo y donde sería. Eso era lo que Oscar sabía.

Vino ello al final de una de sus cenas, en una salita reservada. El había dicho que no soportaba el calor y el ruido en el restaurant público.

Y de tiempo en tiempo repitieron la furtiva aventura, allí o en casa de ella, cuando no estaba su sirvienta. Pero eso era peligroso y no había que descuidarse.

Oscar se declaraba inmensamente feliz. Enriqueta no se sentía del todo segura. Esto era amor, lo que nunca tuvo, lo que soñó y deseó con hambre y sed; pero ahora que lo tenía no estaba satisfecha. Siempre esperaba algo más allá, algún éxtasis místico, celestial, que siempre se anunciaba y nunca llegaba. Algo en Oscar la repelía, pero por ser su amante, no podía admitir que eso era un cierto dejo de grosería.

Para justificarse, pensaba en sus buenas cualidades, su generosidad, su fuerza, cómo había levantado su negocio de ingeniería. Le hacía hablar de sus oficinas, de su fábrica, de sus máquinas, le hacía prestarle los mismos libros que él leía. Pero siempre que ella trataba de conversar, él le hacía ver que ella no estaba en lo suyo, que toda la conversación que un hombre necesita la tiene con sus amigos hombres. Y le insistía en que para obtener plena satisfacción del amor no había mejor arreglo que vivir juntos; que era lo único razonable.

En la primera ocasión y pretexto que él encontró, fué a París, sin tener que mentir por ello: tenía realmente asuntos en París. Allá se juntaron en un hotel de la calle Rívoli y pasaron dos semanas en toda clase de sensaciones.

Por tres días Oscar estuvo loco con ella y ella con él. Cuando ella se despertaba, encendía la luz y lo contemplaba en su sueño, que lo hacía inocente y suave, ocultando sus ojos, afinando la expresión de su boca.

A los seis días empezó la reacción. Al final del décimo día, Enriqueta, volviendo de Montmartre, estalló en un ataque de llanto, y cuando él inquirió la causa, contestó al azar que el Hotel Saint Pierre era horriblemente feo, y le daba en los nervios y ya no lo soportaba más.

Con indulgencia, Oscar explicó su estado como fatiga subsiguiente a una agitación continua.

Ella trató con energía de creer que su abatimiento venía de que su amor era mucho más puro y espiritual que el de Oscar; pero sabía perfectamente bien que había llorado de puro aburrimiento. Estaba enamorada de él, y él la aburría. Oscar estaba enamorado de ella, y ella lo aburría. En la intimidad y contacto continuos cada uno se reveló al otro como un increíble majadero.

Al final de la segunda semana ella empezó a dudar si alguna vez lo había amado en realidad.

La pasión retornó por corto tiempo en Londres. Lejos del esfuerzo artificial a que les obligó París, quisieron persuadirse que por sus temperamentos románticos les convenía más la vieja vida de aventura azarosa.

Pero se les fué despertando el miedo al peligro que olvidaban en los primeros tiempos del encanto. Luego, al temor de ser descubiertos, después de una corta enfermedad de Muriel, la esposa, que creyeron le costaría la vida, se juntó en Enriqueta el terror de que podía luego casarse con Oscar, pues él seguía jurando que sus intenciones con ella eran serias, que se casaría con ella en cuanto estuviera libre. Y cuando este pensamiento la asustaba en presencia de él, él la miraba con extraña expresión, como si la adivinara, y ella veía en él que también pensaba lo mismo.

La vida de Muriel se hizo preciosa para los dos, después de su enfermedad; era lo que les impedía una unión permanente.

Un buen día vino la ruptura.

Fué Oscar quien murió primero, tres años después de la ruptura, de apoplejía.

Su muerte fué un inmenso alivio para Enriqueta. Ahora nadie sabía su secreto. Sin embargo, en los primeros momentos se decía ella que así estaría él más cerca que nunca, y olvidaba qué poco había querido estar cerca de él en vida.

Antes de mucho consiguió persuadirse que él no le había estado cerca nunca. Era increíble que ella hubiera conocido a un hombre como Oscar Wade. No podía pensar ella misma que Enriqueta Leigh fuera persona a quien pudiera pasar tal cosa.

Pues Enriqueta, a los cincuenta y dos años era amiga y ayudante del Reverendo Farmer, vicario de Santa María la Virgen, de Maida Vale. Trabajaba de diácona en su parroquia, con uniforme semirreligioso, capa y velo, cruz y rosario, y devota sonrisa. Era también secretaria del Hogar para Jóvenes Caídas, de Maida Vale y Kilburn.

Los momentos más solemnes de su vida religiosa y filantrópica culminaron en la hora de su muerte. Cuando tuvo que confesarse, su mente retrocedió a su pasado, y allí encontró a Oscar Wade. Caviló algo si hablaría de él. Por un rato pensó que sería posible; pronto se dió cuenta que no podría. No podía. No era necesario. Por veinte años él no había tenido parte en su vida.

Hizo una cuidadosa selección.

—Me ocupé demasiado de lo bello en este mundo... Falté en caridad a mis pobres muchachas... Por intensa repugnancia de su pecado... Pensé a menudo en mi gente querida, cuando debía haber pensado en Dios.

Después recibió el sacramento. Pidió al reverendo que tuviese su mano en la suya para no temer. Mucho tiempo estuvo así, hasta que él le oyó murmurar: "Esto es la muerte. Yo creía que sería horrible. Y es dicha. La dicha".

El tuvo la mano hasta que la agonía se la arrancó.

Por algunas horas se detuvo ella vacilante en el cuarto en que estas cosas habían pasado. Su aspecto le era familiar, con algo de extraño ahora y de antipático. El crucifijo, las velas encendidas le recordaban alguna tremenda experiencia cuyos detalles no podía definir, pero que parecían tener de algún modo relación con el cuerpo cubierto en la cama, que ella no asociaba consigo misma. Cuando la enfermera vino y lo descubrió, vió que era el cuerpo de una mujer de mediana edad. Su propio cuerpo viviente era el de una joven de unos treinta y dos años.

Su muerte no tenía pasado ni futuro, ningún recuerdo cortante ni coherente, ninguna idea de lo que iría a hacer.

Luego, de repente, el cuarto empezó a apartarse de sus ojos, a partirse en haces y zonas que se dislocaban y eran como arrojados a diversos planos. Se inclinaban en todo sentido, se cruzaban y cubrían con una mezcla transparente de diferentes perspectivas, como reflejos en vidrios.

La cama y el cuerpo se deslizaron, hacia cualquier parte hasta perderse de vista. Ella estaba de pie ante la puerta que aun quedaba en su posición. La abrió y se encontró en una calle, fuera de un edificio gris amarillento con gran torre de alto techo de pizarra. Su mente se concentró con un choque de reconocimiento. Este objeto era la iglesia de Santa María la Virgen, de Maida Vale. Podía oir el zumbido del órgano. Abrió la puerta y entró.

Había vuelto a espacio y tiempo definidos, y recuperado una parte limitada de memoria coherente. Recordaba todos los detalles de la iglesia, que eran en cierto modo permanentes y reales ajustados a la imagen que ahora la poseía.

Sabía para qué había ido allí. El servicio había terminado. El coro se había retirado, el sacristán apagaba las velas del altar. Ella caminó por la nave central hasta un conocido asiento cerca del púlpito.

La puerta de la sacristía se abrió, y el reverendo Farmer salió, en su sotana negra. Pasó muy cerca a su lado y se detuvo esperándola; tenía algo que decirle.

Ella se levantó y se aproximó a él. El seguía esperando y no se movió para darle paso. Ella se le aproximó como nunca, tanto que los rasgos de él se confundieron. Entonces se retiró ella un poco, para verlo mejor, y se encontró mirando la cara de Oscar Wade. Estaba quieto, horriblemente quieto, cortándole el paso.

Ella retrocedió; sus anchas espaldas la siguieron, sus ojos la cubrían. Abrió ella la boca para gritar, pero no salió sonido; quiso huír, pero temió que él la siguiera, y quedó como petrificada, tan cerca de él.

Una por una se apagaban las luces en las naves laterales, hasta que todas se apagaron. Si ella no se iba, quedaría encerrada en la espantosa oscuridad con él. Consiguió moverse y llegar a tientas cerca de un altar. Cuando miró atrás, Oscar Wade no estaba allí.

Entonces recordó que Oscar Wade estaba muerto. Así que lo que vió era, no Oscar, sino su fantasma. Había muerto; había muerto hacía decisiete años. Se sentía ahora libre de él para siempre.

Cuando ella salió al atrio de la iglesia vió que la calle había cambiado. No era la calle que recordaba. La acera de este lado era una larga galería cubierta limitada hacia la calle por altos pilares, y hacia dentro por vidrieras brillantes de negocios. Iba por los pórticos de la calle Rívoli, en París. Allí estaba el porche del Hotel Saint Pierre. La puerta giratoria la hizo entrar, cruzó el gris y sofocante vestíbulo, que ya conocía. Fué derechamente a la gran escalera de gris alfombra, subió los peldaños innumerables que giraban en espiral alrededor de la jaula del ascensor, hasta un conocido rellano, y un largo corredor gris, con una ventana opaca al final.

Y allí le vino el horror del lugar. No tenía más recuerdos de la iglesia de Santa María, así no se daba cuenta de su curso retrógrado en el tiempo. Todo el espacio y todo el tiempo estaban aquí.

Recordaba que debía ir a la izquierda. Pero algo había allí, donde el corredor doblaba en la ventana, al final de todos los corredores. Si tomaba la derecha, podría escaparse.

El corredor se detenía allí, en un muro liso; tuvo que volver hacia la izquierda, y siguió un laberinto de corredores hasta una puerta torcida que dejaba pasar luz por la rendija de arriba. Ahora podía ver el número encima, 107.

Algo había pasado allí. Si entraba sucedería otra vez.

Oscar Wade estaba en el cuarto esperándola tras la puerta carrada. Lo oía moverse. Escuchó y oyó sus pasos mesurados que venían de la cama a la puerta.

Ella se volvió y corrió; las rodillas se le doblaban, se hundía corriendo por los largos corredores y escaleras abajo, rápida y ciega como un animal que huye, oyendo los pies de él siguiéndola.

La puerta giratoria la recibió y la empujó a la calle.

La extraña cualidad de su estado era que no medía el tiempo. Recordaba vagamente que había habido una vez algo, llamado tiempo, pero había olvidado a qué se parecía. Se daba cuenta de cosas que sucedían o que estaban por suceder; las fijaba ella por el lugar que ocupaban, y medía su duración por el espacio que cruzaba. Así que ahora pensaba: Si pudiera ir para atrás hasta el lugar en que eso no había sucedido. Más atrás.

Ahora caminaba por un camino blanco entre campos y colinas, envueltos en débil niebla. Llegó al puente de dorso alzado, cruzó el río y vió la vieja casa gris sobre el alto muro del jardín. Entró por el gran portón de hierro y se encontró en un gran salón de plafón bajo con cortinas corridas, ante la gran cama de su padre. El cadáver que estaba en ella, cubierto por la sábada blanca, era el de su padre, que se delineaba al través. Levantó entonces la sábana y vió que la cara era la de Oscar Wade, quieta y suavizada por la inocencia del sueño y de la muerte. Clavó la vista en él, fascinada en una alegría fría y sin piedad. Oscar estaba muerto.

Recordó que solía yacer así, a su lado en el Hotel Saint Pierre, sobre su espalda, con las manos cruzadas sobre la cintura, boca semiabierta y su gran pecho en rítmico movimiento. Si él estaba muerto, eso no sucedería más. Estaría segura así.

La cara muerta la asustaba y estaba por recubrirla, cuando notó un ligero movimiento. Levantó la sábana y la estiró con fuerza, pero las manos debajo empezaron a luchar convulsas, aparecieron los anchos dedos por los bordes tirándola hacia abajo. La boca se abrió, los ojos se abrieron, toda la cara la miró en agonía y terror.

Luego el cuerpo se alzó y se sentó, con sus ojos clavados en los de ella; él y ella quedaron inmóviles un instante con miedo mutuo.

De repente ella se recobró, se volvió y corrió fuera del salón, fuera de la casa, y se detuvo en el portón sin saber qué lado tomar para huír. Por un lado, el puente y el camino la llevarían a la calle Rívoli y los espantosos grises corredores del hotel. Por el otro lado, el camino cruzaba la aldea.

Si podía volver más atrás, estaría segura, fuera del alcance de Oscar. En la cámara mortuoria de su padre había sido joven, pero no lo bastante. Debía volver al lugar en que fué más joven aun. Sabía dónde encontrar el lugar. Cruzó la aldea corriendo, por los galpones de una granja, por el almacén, por la fonda "La Cabeza de la Reina", por el correo y la iglesia y el cementerio a su lado, hasta el portón sur, en los muros del parque de su niñez.

Estas cosas parecían insustanciales, tras una capa de aire que brillaba sobre ellas como vidrio. Se dislocaron, flotaron lejos de ella, y en vez del camino real y los muros del parque, vió una calle de Londres de sucias fachadas blancas, y en vez del portón Sur la puerta giratoria del restaurant en Soho.

Un impulso irresistible la llevó hasta una mesa en un rincón, donde un hombre estaba sentado solo, con su servilleta que le tapaba el pecho y la mitad de la cara. No estaba segura de la parte superior, pero la servilleta cayó, y vió que era Oscar Wade. Sin poder de resistencia se sentó a su lado; él se inclinó hacia ella, que pudo sentir el calor de la cara congestionada, y el olor del vino en el denso murmullo: "Yo sabía que vendrías".

Comió y bebió en silencio, royendo y sorbiendo en silencio, postergando el abominable momento final.

Al último se levantaron y afrontaron. El gran volumen de Oscar estaba ante ella, encima de ella, que casi sentía la vibración de su poder. La llevó hasta el pie de la escalera de alfombra roja tan conocida, y cuando ella quiso apartarse, él la volvió y la hizo subir. Pasó por la puerta blanca de la salita que conocía, con los mismos muebles, las cortinas de muselina, el espejo dorado sobre la chimenea con los dos bebés de porcelana, de miembros bulbosos y guirnaldas en la cintura, la mancha en la alfombra parda ante la mesa, el viejo e infame canapé tras el biombo.

Se movieron por la salita, girando como fieras en jaula, incómodos, enemigos, evitándose.

"Es inútil que te escapes así", dijo él. "No podía eso terminar de otro modo, lo que hicimos".

"Pero eso terminó".

"Terminó allá, acá no".

"Terminó para siempre".

"No. Debemos empezar otra vez. Y seguir, y seguir".

"Ah, no, cualquier cosa menos eso. ¿No recuerdas cómo nos aburrimos?".

"¿Recordar? ¿Te figuras que yo te tocaría si pudiera evitarlo?... Para eso vivimos. Debemos hacerlo. Debemos".

"No. No. Me voy ahora mismo".

"No puedes", dijo él. "La puerta está con llave".

"Oscar, ¿por qué la cerraste?"

"Siempre lo hicimos. ¿No recuerdas?".

Ella volvió a la puerta; no pudo abrirla, la sacudió, la golpeó con las manos.

"Es inútil, Enriqueta. Si ahora sales, tendrás que volver. Lo podrás dilatar una hora o dos, pero qué es eso en la inmortalidad?".

"Habrá tiempo para hablar de inmortalidad cuando estemos muertos... ¡Ah!"

Se sentían atraídos uno al otro a través de la sala, moviéndose despacio, como en figuras de una danza monstruosa, con sus cabezas echadas hacia atrás, sus caras apartadas de la horrible cercanía. Sus brazos se alzaron lentos, pesados por intolerable repugnancia; los extendieron mutuamente, doliéndoles, como si sostuvieran un peso abrumador. Algo atraía los pies de ambos, de uno al otro, aunque se arrastraban en contra.

De repente las rodillas de ella se hundieron, cerró los ojos, y todo su ser cayó ante él en la oscuridad y el terror.

Eso pasó. Ella se había ido, hacia atrás en el tiempo, muy atrás, donde Oscar no había estado nunca, donde no podría hallarla. Su memoria se hizo de repente joven y limpia. Caminaba ahora por la senda en el campo desde el huerto a la barrera, más y más atrás, hasta donde la esperaba el joven Jorge Waring bajo el saúco.

El olor de flores de saúco llegó hasta ella a través del campo.

Yendo por la senda lo había visto. Pero el hombre que la esperaba bajo el saúco era Oscar Wade.

"Te dije que era inútil escapar, Enriqueta. Todos los caminos te traen de vuelta hacia mí. Me encontrarás en cada vuelta. Yo estoy en todos tus recuerdos".

"Mis recuerdos son inocentes. ¿Cómo pudiste tomar el lugar de mi padre, y de Jorge Waring? ¿Tú?"

"Porque les tomé su lugar".

"Nunca. Mi amor por ellos fué inocente".

"Tu amor por mí era parte de ese amor. Crees que lo pasado afecta lo futuro. ¿No te ocurrió nunca que lo futuro pueda afectar lo pasado?

"Me iré lejos", dijo ella.

"Y, esta vez, iré contigo".

La barrera, el saúco y el campo flotaron y se le perdieron de vista. Iba sola hacia la aldea, pero se daba cuenta que Oscar Wade la acompañaba del otro lado del camino, paso a paso, como ella, árbol por árbol. Y luego hubo pavimento gris bajo sus pies y una galería la cubría: iban juntos por la calle Rívoli, hacia el hotel.

Ahora estaban sentados en el borde de la sucia cama. Sus brazos estaban caídos y sus cabezas miraban a lados opuestos; la pasión les pesaba con el insoportable e inevitable aburrimiento de su inmortalidad.

"Alguna vez deberá terminar", dijo ella. "La vida no continúa para siempre. Moriremos".

"¿Morir? Hemos muerto: ¿no sabes lo qué es esto? ¿Y dónde estamos? Esta es la muerte. Somos muertos, Enriqueta. Estamos en el infierno".

"Sí. No puede haber nada peor que esto".

"Esto no es lo peor. No estamos muertos del todo aun, mientras tenemos fuerzas para volvernos y huir lejos uno del otro, mientras podamos ocultarnos en nuestros recuerdos. Pero pronto habremos retrocedido al más lejano recuerdo, y no habrá nada más allá. Entonces no habrá más recuerdo que éste. En el último infierno, no huiremos más, no hallaremos más caminos, más pasajes ni más puertas abiertas. Ya no precisaremos buscarnos.

En la última muerte estaremos encerrados en esta salita, tras esa puerta con llave, juntos. Yaceremos aquí juntos, para siempre, tan estrechamente ligados que ni Dios podrá separarnos. Seremos una carne y un espíritu, un pecado repetido siempre y siempre; el espíritu asqueado de la carne, la carne asqueada del espíritu: tú y yo, asqueados uno del otro".

"¿Por qué? ¡Por qué!", gritó ella.

"Porque eso es todo lo que nos queda. Esto es lo que hicimos del amor".

La oscuridad inundó todo, y borró la salita. Ella caminaba por un jardín entre plantas más altas que ella. Tiró de unos tallos y no tenía fuerza para romperlos. Era una criatura.

Se dijo que ahora estaba en seguridad. Tan lejos había retrocedido, hasta ser otra vez niñita. Ser inocente, sin recuerdo, la mente en blanco, era estar en seguridad al fin.

Llegó a un parterre de césped brillante, con un estanque circular rodeado de rocalla y flores, amarillas, blancas y purpúreas. Peces de oro nadaban en el agua verde oliva. Estaría libre cuando viera los peces de oro nadar hacia ella. El más viejo, con las escamas blancas, vendría el primero, levantando su hocico, echando burbujas.

Al fondo del parterre había un seto de albeñas cortado por una ancha senda. Sabía qué encontraría más allá: su madre la levantaría en los brazos para que jugara con las bolas duras, rojas, las manzanas que colgaban del árbol. Había ido hasta el recuerdo más lejano; no había nada más atrás.

Habría un huerto con un portón de hierro que daba a un campo.

Algo era diferente aquí, algo que la asustó. Una puerta gris en vez de un portón de hierro. La empujó y entró al último corredor del Hotel Saint Pierre.



Un Golpe de Estado

por
José de España
ILUSTRACION DE GUIDA

DESDE poco antes de la media noche ha comenzado a cundir la curiosidad; luego, la alarma.

Gruesos contingentes de tropas montadas recorren la ciudad, silenciosa desde los toques de queda. Golpean los sables contra los arzones, y, el tropel de los cascos rumorosos suena de modo ahogado, sordo, sobre el blando colchón de tierra, o chapalea con aguanoso ruido en las charcas de fango que, de trecho en trecho, reflejan el cielo estrellado sobre las calles desiertas.

Aquí y allá las ventanas se han entreabierto con prudente timidez y los listones de luz, proyectados sobre los grupos en marcha, han dejado ver algún detalle de los uniformes. Es el flamante cuerpo de Granaderos a Caballo que acaba de abandonar sus cuarteles y campos de ejercicio por primera vez.

Al poco rato, un rumor profundo y característico — golpeteo de sólidos herrajes, sordo rodar de cureñas — ha denunciado al oído alerta de los vecinos, definitivamente despiertos ya, el paso de la artillería. Más tarde, el rítmico andar de un contingente de infantes ha acabado de dar a la asombrada población la impresión de un desusado suceso.

De puertas adentro, los vecinos, sorprendidos por tan inesperado acontecimiento, se entregan a todo género de conjeturas:

¿Será una sublevación de tropas?; ¿una nueva revolución?; ¿un imprevisto golpe de estado?

Desde 1810 no se ha intentado un movimiento más sedicioso en el fondo; más hábil en la forma, ni más fecundo en resultados. Es simplemente el genio de San Martín, quien, a los siete meses escasos de su llegada al país, acaba de arrojar sobre el tapete político su primera carta.

Al rayar el día, grandes masas de pueblo, convocadas al son de la campana municipal, han comenzado a congregarse en la plaza de la Victoria. Allí se ha tenido la explicación del desfile de la noche pasada. Las tropas de la guarnición y el regimiento de Granaderos a Caballo con los sables envainados, han amanecido en correcta fromación ante el edificio del Cabildo. A su frente el pueblo ha visto con placer las juveniles figuras de San Martín y Alvear, acompañados del coronel Ortiz Ocampo que mandaba el regimiento número 2 y las tropas de artillería.

El objeto de este impresionante despliegue de fuerzas es evitar que el Cabildo pueda desentenderse de la petición que va a presentarse. La petición consiste, nada menos, que en declarar caduco el gobierno actual, la cesación de la Asamblea, y el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo con ciertas obligaciones precisas y perentorias.

La empresa es aventurada; pero, ante la absoluta necesidad de dar un vuelco total a la inhábil política del Triunvirato que amenazaba arrastrar al país a la contrarrevolución y a la ruina, San Martín, no ha vacilado en preparar y descargar el golpe que enderezará el rumbo de la revolución, como por arte de encantamiento.

Poco después de convocados los cabildantes bullen ya, en las galerías de la casa municipal, los principales vecinos de Buenos Aires. Entre este público de más de cuatrocientas personas, aquí y allá, se ven moverse los hábitos blancos, negros, pardos, de los más caracterizados representantes de las órdenes religiosas. Bernardo de Monteagudo, el prestigioso orador de la juventud porteña, pasa de un grupo a otro, ágil, fino, elegante, recogiendo firmas que se van alineando al pie del petitorio.

Las últimas frases del documento le dan un sesgo legal que prueba, con harta evidencia, la consumada habilidad de sus redactores. A la conminatoria sugestión de las fuerzas presentes se enlaza, de inmediato, la fórmula sutilmente explanatoria que dejará a salvo los principios democráticos y el espíritu de las instituciones, para subrayar de seguida, en una frase enérgica, el dilema en que, de hecho, se coloca a la voluntad de los reunidos cabildantes: "Estamos resueltos invariablemente a ofrecer el último sacrificio a la libertad de la patria, antes de consentir que se entronice la tiranía en nuestra presencia". Y, añade el escrito que ya ha aludido a la persuasiva "protección de las fuerzas presentes": "El pueblo espera la contestación de V. E. en el perentorio término de veinte minutos y le hace responsable de la menor demora".

El Cabildo — ¿qué otra cosa podía hacer? — ha accedido a todos los puntos propuestos y ha declarado por bando, dentro del plazo estipulado, "que la Asamblea que se convocase sería suprema, con toda la extensión de poderes que los pueblos le confirieran, a fin de dictar una Constitución".

Quince días después, el gobierno entrante, dictaba un reglamento de elecciones: "para que el pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, abriendo el libro de sus eternos derechos, por medio de libres y legítimos representantes, vote y decrete la figura con que debe aparecer en el gran teatro de las naciones"...

La idea de San Martín, repetidamente expresada: "para que se nos conozca y se nos respete, es preciso que nos llamemos libres", encontraba así un principio de realización. La farsa inútil, tan cara a Rivadavia, de las juntas gobernando en nombre de "nuestro muy amado Fernando VII", tocaba a su fin.

Con su visión rápida de las situaciones, San Martín había comprendido, desde su llegada al país, la necesidad de un cambio fundamental en las personas e ideas del gobierno.

Urgía ganar tiempo, y, de este modo, en sólo unos pocos meses había preparado esta mutación de un repentinismo casi teatral. Simple militar, desconocido en su propia patria siete meses atrás, tenía ahora en su mano la clave fundamental de todas las grandes situaciones futuras.

La propia mirada de Rivadavia, que se había limitado a aceptar, no si un ligero dejo de burla, la presunta peligrosidad de Alvear, no había sabido descubrir bajo el calmo pergenio de San Martín, al hombre que descargaría el rayo que ya se cernía sobre su cabeza.

Si la revolución del 8 de octubre había dado en tierra con el poder del primer triunvirato, de cierto es que la actitud política de sus miembros había contribuído en buena parte a labrar su propia caída.

Desde el descubrimiento y castigo de la conjuración de los españoles contrarrevolucionarios, encabezada por Alzaga, el gobierno no había vuelto a tener uno de esos aciertos destinados a ganarle el favor popular. Al contrario; de entonces acá, el pueblo porteño no podía atribuirle sino desastres.

La misma justicia sumaria ejercida con Alzaga y el resto de los conjurados, no había sido del agrado de todo el mundo. El pueblo, atraído por el señuelo de un espectáculo fuerte, había asistido ceñudo y angustiado a las ejecuciones de la plaza de la Victoria. Sólo un hombre, con ademanes descompuestos, abriéndose paso por entre la multitud, se había arrojado sobre el madero del que pendía el cadáver de Alzaga, y, cubriéndolo de besos, se había puesto luego a repartir monedas de plata entre los asistentes para demostrar su gozo. Pero este gesto aislado sólo sirvió para tornar más siniestro el espectáculo. Aquel hombre era un italiano de ideas avanzadas a quien Alzaga había dado tormento en otra ocasión, en averiguación de un supuesto atentado terrorífico. El gobierno fué acaso demasiado lejos aquella vez. Los porteños no tenían el humor rencoroso ni vengativo. Después de todo, acaso hubiese corrido ya demasiada sangre...

Rápidamente, el Triunvirato de 1811, venía cayendo en una grande impopularidad. "No había cargos que la opinión pública excitada no repitiera contra la incuria, la ineptitud, la cobardía de un gobierno que nada hacía por conjurar los peligros que amenazaban llevar al país hasta los horrores de una contrarrevolución".

La situación era, en efecto, harto comprometida. El ejército portugués, lejos de retirarse, parecía hacerse fuerte en sus posiciones. Las fuerzas del norte habían recibido orden de retirarse con armas y bagajes "quemando lo que pudiesen arrastrar". Sarratea, debía abandonar el Uruguay y concentrar sus fuerzas en la margen derecha del Paraná, a la espera del momento oportuno para unirse a las tropas de Belgrano, en retirada. Amparadas por este estado de creciente inseguridad, las ideas monárquicas no se abrían paso a favor del miedo explotado. ¿Qué significaba en efecto, a los ojos del pueblo, este plan de retiradas sistemáticas, de concentración general, sino la palmaria derrota de la revolución en sus frentes más importantes?

"Clamaban todos por el auxilio que debía prestarse al general don Manuel Belgrano, mientras el gobierno daba una atención exclusiva al ejército del norte, cuya suerte no podía quedar en riesgo, aunque se separasen de su enorme masa algunos batallones aguerridos. Sea porque el temor no discurre, o porque el celo siempre desconfía, el pueblo miraba con escándalo marchar sin resistencia las tropas enemigas del Perú sobre la provincia de Tucumán, y lejos de esperar su redención, se preparaban a hacer las exequias al heroísmo de un general sin recursos, de un ejército sin fuerza, y de un pueblo débil pero virtuoso".

En tal estado de ánimo, la victoria de Tucumán, alcanzada contra todas estas evidencias contrarias hizo cundir la indignación en Buenos Aires. Ella se lograba, llena de grandes y gloriosas consecuencias, nada menos que en instantes en que el gobierno ordenaba la retirada a mrachas forzadas, aceptando la derrota antes de combatir. ¿Se necesitaba una prueba más palpable de la ineptitud de un Triunvirato que semejaba despreciar sistemáticamente a los militares, los únicos capaces de salvar al país de la tormenta que parecía envolverlo ya por todas partes?...

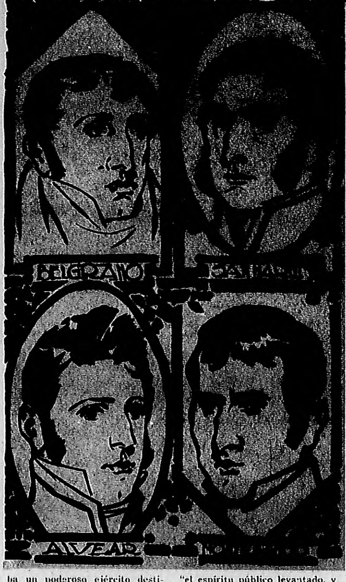
"Un descontento general se "desplegó por todas partes; el "funcionario público veía vaci-"lar su destino; el simple par-"ticular esperaba por momen-"tos el decreto de su prescrip-"ción; todos tenían un trastor-"no y nadie osaba prevenirlo "por no incurrir en la pena del "último suplicio que se había "impuesto irremediablemente a "cualquiera que hablase sobre "las deliberaciones de la Asam-"blea. El progreso de sus sesio-"nes acabó de exaltar el resen-"timiento de unos, afligió el ce-"lo de los otros y puso a todos "en el conflicto de hacer un pa-"réntesis a la obediencia o de "confirmar con el silencio su propio abuso".

Y a la inercia y a la indecisión venía a unirse el fraude electoral. Evidentemente, el gobierno de Pueyrredón, inspirado por Rivadavia, se empeñaba en rebasar la medida. El día anterior, 6 de octubre, era el señalado para la renovación parcial de los miembros del Triunvirato. El partido "morenista", popular y auténticamente revolucionario, había visto defraudadas sus esperanzas de colocar en el poder a su candidato Monteagudo. En su lugar, el gobierno había encontrado la manera de imponer a su "moderado y correcto" protegido, don Pedro Medrano.

La protesta violenta e indignada se hizo sentir desde el instante mismo de la elección. ¿Conservadores? El pueblo y la juventud patriota estaban hartos de conservadores. ¿No era ya llegado el momento de adoptar una actitud franca; de señalar rumbos abiertos a la revolución; de romper abiertamente con el gobierno de España? ¿Qué era lo que iban a conservar cuando, con la desorganización del ejército del Norte y la Banda Oriental entregada a los españoles, Buenos Aires parecía próxima a la catástrofe final?

La labor urbanista y administrativa del señor Rivadavia no enternecía a nadie. ¡Buena hora para ocuparse de limpiar de vagos los alrededores baldíos de la ciudad, cuando lo único que surgía eran bayonetas; soldados a todo trance para detener el avance incontenible de las tropas de la Península...!

Así, el golpe político dado por San Martín el 8 de octubre, terminaba muy al gusto general con este lamentable estado de cosas. Pocas semanas después de cumplida la revolución, el país parecía encauzado en una nueva vía, por la que se aprestaba a marchar con renovado optimismo. La reorganización militar se hacía sentir y prestaba tranquilidad a los ánimos. El ejército de Tucumán recibía los necesarios aportes de hombres y de recursos. Sobre la Banda Oriental marchaba un poderoso ejército destinado a aventar la perpetua amenaza de Montevideo. "Así, "en el espacio de los siete me-"ses transcurridos desde la lle-"gada de San Martín, todo ha-"bía cambiado. El gobierno con-"solidado, la política definida, "el espíritu público levantado, y "la revolución desplegando la "bandera de la independencia, "que tomaba atrevidamente la "ofensiva con dos ejércitos po-"derosos: tal era el cuadro ge-"neral de la situación antes de "terminar el año XII".



Museo de la Confusión

por
Anímula Vágula
ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

★

EN "La Novela Semanal" del 18 de diciembre y en la no menos semanal sección titulada "La conducta que corresponde en sociedad", fuí educado sobre lo siguiente:

SI SE NOS DICE que una persona a quien vamos a visitar no se encuentra en casa, no debemos hacer ninguna pregunta sobre el sitio donde pueda encontrarse. Y si nos consta que dicha persona se halla en su casa, cuidémonos de insistir, pues lo que corresponde es aceptar la excusa que se nos ha dado sin por eso considerarnos ofendidos o desairados.

POR OTRA PARTE, a cualquiera le está permitido negarse o hacer decir a la persona que va en su busca, que no se encuentra en disposición de recibir, ya sea por tener algo urgente entre manos, ya porque en ese mismo instante se disponía a salir.

Claro que sería imprudente pretender introducirse en la morada de cualquier dueño de casa cuando éste tenga entre sus manos una colmena de abejas, una bomba de dinamita, una novela del frecuentado escritor Water Scott o del menos ocupado Vit de Maupassant; un cuchillo tinto en sangre humana, una camiseta o cualquier otro rápido admínículo, y menos aún si en ese momento se dispone a salir. Recomiendo, eso sí, efectuar las visitas cuando los moradores prefieren el caserío y no en el instante en que cambian de domicilio, optan por la expatriación, entran a formar parte de tribus nómades, se dedican a la caza y a la pesca o se convierten en navegantes solitarios.

★

La misma sección de la revista antes mencionada nos informa sobre la forma de conducirnos una vez transpuesto el zaguán y ser admitidos en el sótano o la cocina:

CUANDO la reunión no excede de seis u ocho personas, la conversación debe ser siempre general, es decir, que sólo una persona debe usar de la palabra y ser oída por todas las demas.

Costumbre muy preferible, naturalmente, a aquella otra de que hacen gala algunos desvergonzados en reuniones de seis u ocho personas, dedicándose a usar del oído mientras son apalabrados por los cinco o siete restantes. Otra buena recomendación:

Y no debe olvidarse que hablar a una determinada persona en un idioma que no conocen todos los presentes es una gran falta, pero lo es todavía mayor el emplear frases o palabras misteriosas, especie de clave con que los pedantes y los mal educados se reconocen y entienden.

Desde todo punto de vista resulta inadecuado presentarse de visita en una casa e iniciar una conversación en forma de clave o de bastones; aburrir a los presentes con cargosas preguntas cuneiformes; contar anécdotas utilizando el alfabeto Morse o destruir los muros del living-roon con inscripciones paleolíticas referentes al caso. Lamentable resulta también el uso de palabras y frases como Abracadabra, Sésamo ábrete, Ecce homo, ¿Quo vadis?, y de peor efecto aún si son dirigidas con preferencia a la menor de las hijas solteras o a la mucama de adentro. Evítese en lo posible, asimismo, el abuso de misteriosas cacofonías como Malmierca Cané y fascímiles, sólo frecuentadas por algunos pedantes mal educados.



★

Libros Recibidos

Benjamín E. del Castillo.—*"América"*.—(Las tribulaciones de un bígamo).—Novela. —Buenos Aires. 1933.

Martin Socastru.—"17 *disparos contra lo porvenir*".—(Prosa).—Colección Cometa.—Edit. Tor.

José Muñoz Cota.—"*Romance tallado en alba*".—(Poemas).—México. 1933.

María Luisa Vera.—"*Arcilla*". — (Poemas). — México. 1933.

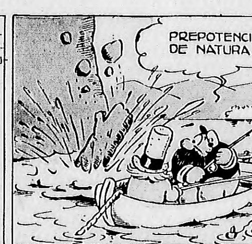
Carlos B. Quiroga.—"*El paisaje argentino en función de arte*". — Edic. argentinas Tor.

Consejo Superior de Educación.—(Pcia. Buenos Aires).—"*Carátula Cívica*".

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*





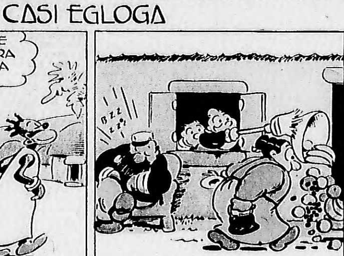




CASI EGLOGA

SUS APARIENCIAS SON BENIGNAS







LA CONJURACIÓN DE CATILINA









LA VIDA ES UN SUEÑO











Y dientes...

POR

GISELDA WELKER

Ilustración de ROJAS

MINNA se había levantado más temprano que de costumbre, esa mañana. No era muy madrugadora, es cierto, pero al fin y al cabo, nunca abría el consultorio después que había llegado algún paciente. Ese día se había levantado muy temprano por la sencilla razón de no poder dormir, debido a todas las preocupaciones que llenaban su cabeza. Su cabeza era deliciosa; toda aureolada de cabellos rojizos que enmarcaban un rostro de cutis mate.

En realidad ,a nadie se le habría ocurrido, al verla por la calle, —cintura frágil, piernas torneadas, estatura media, — que esa muñeca empuñaba valientemente las pinzas para arrancar una muela recalcitrante o hundía sin piedad la aguja de la inyección anestésica. Las preocupaciones de aquella ma... eran varias: las peores, el ...ento de una operación ...ra instalar el consul... cesión aparente que ...ismo había tenido que ha... un colega amigo para salvarse del embargo, la compra inminente de nuevas ropas para la estación entrante. Las otras preocupaciones, las mejores, a pesar de ser mejores eran las que en realidad no la habían dejado dormir. Todavía ayer, viendo juntos cómo atardecía, desde la ventana del departamento de él, Mauricio le había vuelto a pedir que se casaran. Era dulce el pensamiento, pero ella sabía que no debía aceptarlo. ¿Para qué? Era curioso. Los papeles se habían invertido. Ella estaba satisfecha, orgullosa, de aquellas relaciones libres, desinteresadas, íntimas. El era quien no pensaba más que en casarse, como si ésto hubiera añadido algo. Ella, sutilmente, sabía que si se casaba con él su amor dejaría de ser la evasión de lo cotidiano, para convertirse en lo cotidiano mismo, que ella conocía bien por estar obligada a vivir con su familia: las cuentas, las pequeñas discusiones, un poco de malhumor al desayunarse. Por lo único que valdría la pena era porque se podía tener un hijo...

—"Cómo me "secan" estos tipos como el profesor Vázquez. No son más que burócratas, burócratas, y todavía hablan de la "misión" de los profesionales. ¡La augusta misión de sacar muelas! Están más pobres que yo y se dan aires de apóstol. Se les acosa a hipotecas, rebajas de salarios y tan frescos. El otro día le hablé de ciertas respuestas que habían dado los médicos interrogados por un diario, y me contestó:

—"Esa gente es la que hace la crisis, con su "snobismo" y su literatura. Si hablaran menos y obraran más..."

¿Cuándo les podrá entrar en la cabeza, a las gentes como Vázquez, algo parecido a una idea, a una inquietud?"

Minna pensaba y fruncía enérgicamente sus cejas depiladas. Llegó al hospital y después de cubrir pulcramente su ropa con una túnica de cuello cerrado entró al salón donde practicaba, con otros dentistas, bajo las indicaciones del doctor en Odontología Florencio Vázquez.

—"¿Para qué tanto cansancio si a lo mejor no me dan el puesto nunca y sigo endeudándome en el consultorio?"

El optimismo de Minna no había reaparecido aún.

La ciencia le gustaba, y cuando Vázquez empezó a explicar el caso que lo había ocupado esos días —esas semanas, mejor dicho,— se dió cuenta de que le interesaba vivamente la explicación. Recordaba haber visto llegar allí un hombre visiblemente desesperado, con una piorrea alveolar que parecía dificilísimo detener. Indudablemente, Vázquez sabía mucho. Eso no se le podía negar. Vázquez ahora les demostraba, gráficamente, todo lo que había realizado la ciencia para salvar la dentadura de ese hombre joven, fuerte, simpático, que a los veintiocho años se hubiera quedado sin poder comer más que como un niño o un anciano, a menos que se pusiese una dentadura postiza. Se había salvado y dentro de poco rato estaría allí de nuevo, para que el doctor Vázquez les mostrara a sus practicantes la realidad de aquella hazaña.

—"Tiene razón de estar orgulloso el "tipo" —decía Minna refiriéndose al profesor— con el milagro que ha hecho. Pero no piensa que en los hospitales no hay probabilidades de atender más que a un veinte por ciento de los enfermos pobres. ¿Acaso Vázquez cura a todo el mundo? Y los demás, ¿estarán tan contentos?..."

Vázquez había hecho un paréntesis en su terminología dental para decirles:

—"Y ahora digan, muchachos, si no es una vergüenza que los mismos profesionales desmoralicen al público con sus charlas pesimistas. Falta de espíritu, digo yo. Falta de amor a su profesión..."

—"Ya empezó Gandhi a predicar", susurró uno de los muchachos a Minna.

El doctor proseguía:

—"Falta de patriotismo, eso es. ¿No les parece que a uno lo reconforta el haber aliviado un sufrimiento así?"

En ese momento entraba el paciente. No se sabía qué humillación hacía mansa la sonrisa de aquel mocetón de veintiocho años, rubio y alto, con grandes manos de trabajador, de ropas que empezaban a ser raídas y sucias. Sus hombros se curvaban ligeramente hacia abajo.

A Minna se le apretó el corazón. ¿Qué venía a hacer ese hombre? ¿Por qué venía a agradecer a este fatuo? Lo empezaron a interrogar mientras se sentaba en el sillón. Algunos observaron detenidamente los dientes que ahora aparecían firmes dentro de las encías un poco pálidas.

Cuando bajó, Vázquez se creyó en el deber de hacer otro pequeño discurso.

"...Como les decía, este hombre ahora es feliz. Y eso deberá bastarles a ustedes para contemplar con honda satisfacción sus esfuerzos en el estudio..."

Se dirigía ahora al hombre, que agachaba, un poco cortado, la cabeza:

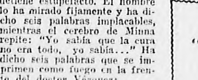
"...Amigo mío, puede estar satisfecho. Si tiene novia, ella lo va a querer más. Sabe Dios los amores que se han eclipsado ante una boca enferma. Y, sobre todo, ahora no tendrá que privarse de nada. Podrá comer todo lo que quiera, todas las golosinas que se le ocurran..."

El hombre hace un vago gesto de desaliento, que despierta una alerta en la atención de Minna.

"...y en el trabajo, siempre estará contento y sin cansancio..."

Aquí el doctor Vázquez se detiene estupefacto. El hombre lo ha mirado fijamente y ha dicho seis palabras implacables, mientras el cerebro de Minna repite: "Yo sabía que la cura no era todo, yo sabía..." Ha dicho seis palabras que se imprimen como fuego en la frente del doctor Vázquez:

—"¡Hace un año que estoy desocupado!"





Nacido en la Borrasca

POR **Amadeo A. Courel**

ILUSTRACION DE RECHAIN

HABLAR en Magallanes del capitán Mateo Sandich, equivalía a mencionar un objeto característico y hasta ornamental del medio. Indefectiblemente, solía vérsele paseando por los muelles durante la tarde, tanto en los días apacibles del breve verano como durante las borrascas del invierno, en que las trombas de agua colándose por los laberintos del Estrecho, venían a pulverizar su furia contra los pilotes de la estacada.

El, permanecía inmóvil, en actitud hierática. Parecía el genio de la tempestad contemplando su obra. Enfundado en su saco de cuero, calzando sus recias botas de agua, tocado con su gorro de lana y con la pipa entre los dientes, que parecía un apéndice natural en su fisonomía, ofrecía un motivo magnífico para algún pintor, si en aquellos tiempos y lugares hubiera habido pintores y lobos marinos pacientes que consintieran en dejarse retratar. La faena del día consistía en eso: pasear por el muelle arrastrando el reumatismo que lo había relegado a ... en tierra. Cuando la noche echaba sus sombras sobre las cosas, el capitán iniciaba la segunda parte de su cotidiana faena, esto es, emborracharse silenciosamente en la taberna de su compatriota el dálmata Samuel Bresler.

Muy poco hablaba el capitán Mateo, pero a veces, durante las largas veladas del invierno, cuando la ciudad iba quedando semisepultada bajo el algodonaje de la nieve; cuando había ingerido una cantidad fabulosa de ponches, consentía en relatar alguna de las historias que a su juicio merecían los honores de la crónica.

El capitán vivía solo la mayor parte del tiempo, teniendo a su servicio una vieja chilota, tan borracha como él, que le hacía la comida y cuidaba de poner un poco de orden en la casita que, juntamente con la goleta "Santa Bárbara" constituía toda su fortuna, después de largos años de brega con los hombres y los elementos.

Profesaba a las mujeres un odio africano. Para él, tenía más valor un barril de aguardiente añejo que toda la descendencia femenina de la madre Eva, desde los tiempos del paraíso terrenal hasta nuestros días. Y si se avino a tomar a su servicio a la Rosalba, era porque le debía algunos servicios, como ser la atención prestada a la infancia del pequeño Basilio y porque ofrecía la honrosa particularidad de compartir donosamente con él — esto era lo más importante — el contenido de los envases de su bodega.

El capitán Mateo tenía familia. La familia componíase de un hijo adoptivo, fornido mozo de 23 años que a la sazón comandaba la "Santa Bárbara", la veterana goleta que desde hacía más de seis lustros venía desafiando las borrascas de los mares australes. La embarcación había sido mandada hasta hacía poco tiempo por el mismo capitán Sandich, llevando de segundo al muchacho Basilio; pero el reumatismo había hecho crisis y el viejo lobo de mar tuvo que someterse a un receso forzoso en sus actividades náuticas, de las que, al decir de malas lenguas, no estuvo ajena la piratería en circunstanciales oportunidades. No obstante, el viejo Sandich era muy estimado entre la gente de mar, donde la bravura es siempre un objeto de culto.

Ahora, el viejo lobo contemplaba extasiado y nostálgico, la partida y regreso de su vieja "Santa Bárbara". Y durante las largas temporadas en que la embarcación se hallaba fuera, el capitán se pasaba las tardes en los muelles, oteando el horizonte, como si quisiera encomendar a los vientos los mudos mensajes de tosco afecto para el viejo barco que cabeceaba allá lejos entre las brumas del Antártico.

Tarea difícil hubiera resultado ordenar cronológicamente la accidentada vida del capitán Mateo a partir de los tiempos en que hiciera su aparición por los mares del Sur. Sus relatos eran inconexos y truncos. Acostumbrado a hablar poco, como todos los hombres identificados con la soledad, sus relaciones carecían de un nexo común, como si se esfumasen entre las brumas de sus recuerdos. Por otra parte, el hombre era lo suficientemente pícaro como para silenciar discretamente muchos episodios relacionados con su azarosa existencia. En cambio, sentía una delectación jubilosa cuando relataba sus entreveros con los cruceros ingleses en aguas de las Malvinas. El capitán, especializado en la caza del lobo de dos pelos, prefería las aguas jurisdiccionales inglesas, un poco porque abundaba la preciosa caza y otro poco por hostilizar a los hijos de Albion, a los que casi profesaba tanto odio como a las mujeres. El cazar en aguas inglesas y regresar con fuerte botín perseguido por las balas de los cruceros, era cosa que ponía fuera de sí de alegría al viejo lobo de mar.

Una vez, casi se les metió en las mismas narices en Port Stanley. Habían cazado durante cinco días por los arrecifes de la costa oriental y la bodega se hallaba repleta de cueros y grasa. El viejo Sandich hizo repartir doble ración de aguardiente entre la tripulación y cuando todos se hallaban contentos, tuvo una humorada.

—Muchachos — dijo — vamos a refregarles los cueros por las barbas a los hijos de John Bull. Son tan brutos que cuando se den cuenta, estaremos cien millas mar adentro.

Y el capitán Sandich completó la broma con aquel recurso que siempre tenía para estos casos. Sonriendo mefistofélicamente abrió un cofre de su camareta y sacó una bandera negra con una calavera y dos tibias cruzadas, conocida en todos los mares del globo como emblema de la piratería. Mandó arriar el pabellón chileno e izó la bandera corsaria, en momentos que la goleta, con medio trapo, pasaba a tres millas de la costa. Un crucero británico estaba haciendo carbón y un guardacostas se mantenía al pairo a una milla de la barra. De las chimeneas del guardacosta brotaron nubes espesas de humo negro y apelmazado, como si en las hornallas de la nave se quisiera precipitar la combustión. A los pocos minutos la espesa mole comenzó a moverse, mientras que el telégrafo de banderas le trasmitía a la gente de la goleta la orden de detenerse. El capitán Sandich, desde el puente, con una botella en la mano les hacía pitos a los yonis del buque. Estos parecían ganar distancia, pues el guardacostas había adquirido presión y aceleraba su velocidad.

A todo esto, la bandera pirata flotaba gallardamente al tope del mastelero, como un desfachatado desafío a los súbditos de su graciosa majestad británica. Los de la goleta seguían la algazara, cuando una bala rasa pasó rozando el palo de mesana. Entonces entró en acción el espíritu previsor del capitán Mateo:

—Cinco grados a babor y desplegar todo el trapo. Que pongan en marcha los motores. Avante... y otro jarro de aguardiente a los muchachos.

La goleta, desplegadas al viento todas sus lonas recibió además el poderoso impulso suplementario de los motores Diesel, que Sandich había hecho instalar previsoramente hacía tiempo. La quilla filosa cortaba las aguas como un cetáceo, rivalizando en ligereza con el viento. En pocos minutos se hundió tras la línea del cenit, poniéndose fuera del alcance de la estrepitosa cólera del guardacostas, pesada mole que no podía competir en velocidad con aquel petrel de los mares australes.

Aquella noche el capitán Mateo Sandich mostrábase dispuesto a las confidencias. Estaba contento. En la tarde precedente había regresado la "Santa Bárbara" después de provechoso viaje por el archipiélago de Chiloé, fletada por cuenta de una importante casa consignataria para el trasporte de un cargamento de sarnífugo y otras mercaderías. Cuando no era propicia la época para la caza de lobos, el armador aprovechaba las ofertas de fletes y se ganaba buenas libras, realizando viajes bajo la pericia del joven patrón, para el cual ya no tenían secretos los turbulentos mares del Sur. Por supuesto, para celebrar el acontecimiento concurrieron padre e hijo después de cenar a la taberna del viejo Samuel Bresler, donde se reunían los hombres de mar, casi todos dálmatas, de los cuales se componía la tripulación de la "Santa Bárbara". Aquellos hombres rudos sentían profundo respeto por el viejo capitán. La figura clásica del lobo de mar aparecía en medio de aquella gente como nimbado por la aureola de los patriarcas. Recordaba todavía su bravura y sabían que a pesar de sus años y de su gota, podía desmayar a un hombre con el golpe de sus puños de cero.

Los ponches menudeaban y alrededor de la caldeada estufa se apelotonaba la concurrencia. El viejo Mateo parecía dispuesto a relatar una vez más la odisea durante la cual prohijara a Basilio, el apuesto mocetón que un poco más allá jugaba al póker con unos camaradas.

—Era una noche así como ésta, — habló por fin el viejo marino con aquella voz potente de inflexiones sonoras, como hecha para mandar hombres y dominarlos en medio del fragor de las borrascas. Habíamos salido algo tarde de Bahía Sloguett. El cielo se mostraba plomizo. Por el Sur avanzaban unos nubarrones que se iban ganando hacia el sudoeste. Sin embargo resolví zarpar. Llevábamos un buen cargamento de cueros de dos pelos. Mi gente era brava y todos nos teníamos fe. Nos urgía salir, pues nos habían anoticiado que un transporte argentino rondaba por aquellos lugares y que el tal transporte tenía un lindo cañoncito de tiro rápido en la proa. Enfilamos por el Beagle y pudimos costear la isla Gordon por el paso chico del Norte, ganando así mucho camino. Navegando normalmente toda la tarde y parte de la noche, podíamos entrar en Isla Dawson a la madrugada. Allí teníamos que completar nuestro cargamento con algunos cueros más que me había ofrecido a muy buen precio el viejo Martín Payne. Estaba escrito que aquella noche tenía que ser de perros. Cuando enfilábamos hacia Londonderry se nos apareció la viuda. Viento sudeste. Primero en ráfagas sueltas, que como ustedes saben son un mal presagio; después un verdadero ciclón. Mandé arriar las gavias. Fuimos recogiendo trapo hasta que por último no nos quedó más que el foque y la cangreja. El viento aullaba sobre la arboladura, el agua caía a torrentes y a estribor, alcanzábamos a vislumbrar a una distancia de treinta brazas los acantilados tenebrosos cortados a pique. Mandé por último arriar la cangreja y con el foque solamente puse timón hacia Londonderry. La pobre goleta gemía a cada bandazo, esperando que en una de esas nos estrelláramos contra los bajones que no podíamos sortear. No me movía del timón. Mandé que me ataran y desde allí dirigía la maniobra. En un bandazo se nos fué un hombre al agua; el pobre Matías Dornich. Nada pudimos hacer por él.

Interrumpióse el viejo lobo para pegarle un taco al humeante ponche de rom, haciendo una pausa respetuosa ante el recuerdo del marinero desaparecido. Después continuó con su voz siempre reposada:

—A costa de puro arrojo podíamos ir prolongando la agonía. Noté que mi gente se desmoralizaba. Algunos, aullando como lobos enloquecidos, se apoderaban de las botellas bebiendo con avidez. Entonces llamé a Demetrio, el contramaestre y le entregué el timón. Saqué el revólver y ordené que tiraran inmediatamente las botellas y que se mantuvieron bajo disciplina so pena de morir antes de tiempo. Hubo uno que desacató mis órdenes. Murió antes de tiempo. Dios lo haya perdonado.

Ante esta segunda y trágica evocación, el viejo tomó otro trago de ponche.

—Así transcurrió mucho tiempo, no sé cuánto, pero es el caso que el temporal amainó un poco, cuando íbamos bordeando la península Darwin para entrar en el Brenock. Fué entonces cuando el timonel me indicó que desde tierra nos hacían pedidos de auxilio. Estábamos frente a la parte nordeste de la isla, ocupada por pequeños pobladores que llevaban una vida semisalvaje. No había nada que hacerle, algo grave ocurría entre la pobre gente perdida en aquellas soledades. Debe recordarse que las gentes de Chiloé, hombres, mujeres y hasta niños, conocen las señales rudimentarias para pedir auxilio a la distancia. Las señales que se nos dirigían eran inequívocas: S. O. S. Las intermitencias, hechas con alguna fogata que se tapaba y destapaba alternativamente, diseñando los puntos y rayas del Morse, se aparecían bien claras a nuestra vista.

No relataré, muchachos, los trabajos y penurias que pasamos para arriar el bote y sortear aquel infierno de escollos hasta la costa; algunos todavía viven y fueron testigos. Baste decir, que cuando los muchachos pudieron llegar — pues yo me quedé al pairo al cuidado del buque — se encontraron con un triste cuadro. Un tal Céspedes, poblador misérrimo de aquellos andurriales, había muerto la noche anterior y junto al cadáver, hallábase la esposa ,enloquecida de terror, conservando fuerzas solamente para pedir auxilio. Nuestro paso por aquellos lugares, aquella noche infernal fué una tabla de salvación para la mujer. Esta fué traída a bordo después que mi gente procedió a la piadosa tarea de dar sepultura al esposo, en medio de la borrasca, alumbrados por las linternas marineras.

No pude menos de lanzar una blasfemia cuando vi la mujer a bordo; pero se disipó la rabia que me invadía cuando contemplé el estado de gravidez avanzada en que se hallaba. Sin dejar de refunfuñar mandé que la atendieran lo mejor posible y seguí en el puente. El temporal ya había amainado notablemente, así que ordené izar de nuevo la cangreja para poder aprovechar las rachas intermitentes sin mayor peligro y poder avanzar hacia el nordeste en dirección a Isla Dawson. Si conseguíamos llegar al Estrecho, estábamos salvados.

Sería ya bien entrada la madrugada cuando Demetrio vino a llamarme con urgencia. El barco todavía cabeceaba furiosamente, pero no tuve inconveniente en dejar a mi segundo y me hundí por la escotilla, dirigiéndome a mi camarote. Allí yacía la pobre mujer retorciéndose de dolor. Me habló con frases entrecortadas y me formuló fervientes ruegos. Se moría, no había remedio, pero a la vez, una nueva vida surgía a la luz. Y yo, ¡San Matías me valga!, sin poder hacer nada. En mi vida me he visto en semejante aprieto. La borrasca pasada no era nada, en comparación con aquello.

En fin, no sé lo que hice ni lo que mandé hacer a mi gente tan azorada como yo, en circunstancias tan extraordinarias. La cuestión es que, al rato ,todos admirábamos como a un objeto raro y delicado, un tierno ser que bullía y chillaba como un condenado, envuelto en unos trapos limpios que pudimos conseguirle.

La mujer murió. Nada pudimos hacer por ella, Dios la tenga en su gloria. Le dimos cristiana sepultura en Dawson; pero recuerdo bien que antes de morir, sus palabras incoherentes, sus súplicas y quejidos encerraban un ruego: que no abandonara a su hijo.

Y no lo abandoné, muchachos — terminó el lobo de mar después de un nuevo trago de ponche — porque ustedes saben que yo, apesar de mis defectos, siempre fuí cristiano a mi modo. El muchacho creció, se hizo en mi escuela y... ahí lo tienen.

★ Los que escriben en "Crítica Revista Multicolor"

★

RICARDO M. SETARO, novelista y ensayista. Publicó un volumen de cuentos "El alma que se apresuró", de estilo muy personal y género fantástico. Nació en Mendoza. Ejerce hace tiempo el periodismo. Hizo una serie de notas sobre los yerbales de Misiones, hacia donde se trasladó en avión. Ha viajado por Uruguay, Brasil, Chile, Francia y el interior del país. Reside en la Capital Federal. Prepara una novela, "Matrimonio", donde estudia la clase media argentina.

ANIMULA VAGULA actuó en el movimiento ultraísta de 1921, colaborando con poemas en "Proa", "Revista Mural", "Martín Fierro", etc. Nunca reunió sus producciones en volumen. Ha recorrido la República Oriental, Sgo. del Estero, Entre Ríos y el Chubut. Es topógrafo. Nació en Belgrano, en 1905. Es un jinete y esgrimista excelente.

JUAN L. ORTIZ vive en Gualeguay, provincia de Entre Ríos, donde tiene un puesto público. Autor de un libro de poemas titulado "El Agua y la Noche". Prepara un volumen de cuentos, del cual adelantamos el relato "El Loquito". Frecuentemente visita la Capital Federal.

GISELDA WELKER, escritora y poeta uruguaya, esposa del crítico y novelista Juan Carlos Welker. Entendida en literatura francesa, inglesa, norteamericana y rusa. Publicó un volumen de versos "La Costa Despierta". Ha colaborado en los principales diarios y revistas de su país y de la Argentina. Reside en Montevideo.

EMILIO VILLALBA WELSH es porteño. Ha residido cerca de cinco años en Europa. Cuentista y ensayista. Nació en 1906. Ha colaborado en todas las publicaciones importantes del país y en varias de las que aparecen en París.

MAY SINCLAIR es una escritora inglesa que ha alcanzado enorme popularidad a causa de la audacia de su estilo y la originalidad de sus relatos, donde combina lo sobrenatural con lo erótico. "CRITICA Revista Multicolor" es la primera publicación en castellano que da a conocer un relato de May Sinclair, con carácter exclusivo.

Un Cuento Policial:

★ La Acusadora Falta de Rastros

por

E. VILLALBA WELSH

ILUSTRACIONES DE RECHAIN

★

EL oficio de policía — comentó el inspector Alban — suele depararnos muchas sorpresas; una de ellas fué la lección que me dió un humilde meritorio en ocasión de un suceso que aconteció el año pasado: Ahora que estoy entre colegas, es la oportunidad para recordarlo y para que puedan sacar, a su vez, el mismo provecho que obtuve yo.

Como les digo, hace un año de esto, fuimos llamados por teléfono desde la casa de departamentos de la Avenida Tandil, porque sospechaban que algo grave había pasado en la habitación de uno de los inquilinos.

Eran las nueve de la noche; me trasladé en mi auto acompañado del meritorio Fernández.

La casa de la Avenida Tandil era una construcción moderna de varios pisos, dispuestos en tal forma que la luz y el aire beneficiaba por igual a todos.

Nos recibió la encargada, acompañada de dos o tres inquilinos curiosos. Según parece, en la habitación 128 del quinto piso, se había oído un disparo y, aunque veíase luz en la ventana, nadie respondía del interior y la puerta hallábase cerrada con llave por dentro.

—¿Tiene usted otra llave? — le pregunté a la encargada.

—Sí señor — respondió — pero es que está la llave puesta...

Con una simple maniobra empujé la llave que estaba dentro de la cerradura, la cual cayó y abrí con la otra. La habitación estaba iluminada; en el suelo, al lado de un silla estaba un hombre con una herida en la cabeza. Un caso de suicidio — pensé yo.

Busqué el arma. Apareció bajo la mesa: era una pistola calibre 45. Le indiqué a Fernández la tomara con su pañuelo, por si habían huellas digitales. Me acerqué a la ventana; estaba abierta, pero hubiera sido imposible que alguien llegase a ella, a no ser por medio de una escalera, visible desde la calle, en todo caso. La pared era lisa, sin molduras, lo cual descartaba que una persona hubiese podido escalarla.

Desde esa ventana, se adivinaba, casi en ángulo obtuso, la otra ala del edificio, con todos sus pisos iluminados, y los vecinos asomados curiosamente y tejiendo sus teorías personales sobre el suceso.

Llamé a los inquilinos que habitaban cuartos contiguos al de la tragedia. Eran los que ocupaban las habitaciones 127 y 129 y el 130 que quedaba en frente.

El señor que vivía en la pieza 129 había salido temprano — mucho antes de haberse oído la detonación — y aun no había regresado. El del 127, era un hombre joven y buen mozo.

—¿Su nombre? — inquirí.

—Ernesto Gaugin.

—¿Qué sabe usted de su vecino ¿Lo conocía?

—Sí — contestó sin titubear. Sin llegar a ser amigos, tenía cierta relación con el. Vevrás — este el nombre del presunto suicida — era una persona algo rara...

¡Absolutamente! — interrumpió la encargada —. El señor Vevrás era una excelente persona y completamente normal, no como muchos que yo conozco...

Gaugin no se inmutó por el desmentido ni por la alusión que parecía encerrar el final de la frase. Me hizo un gesto, como diciendo: "Usted me entiende" y prosiguió:

—Leía mucho y le causaban gran impresión sus lecturas. No me extraña que se haya suicidado, porque muchas veces en conversaciones, decía, con acento convencido que creía con André Gide, que suicidarse por exceso de felicidad" era la única forma de comprender el suicidio...

El médico de policía, llamado por Fernández, llegaba en ese momento, por lo que debí suspender las declaraciones.

El doctor Cloud nos anticipó la novedad de que Vevrás había muerto instantáneamente, por tratarse de una herida mortal. Convino en que aparentemente se trataba de un suicidio, pero aconsejó la autopsia.

La muerte debía haberse producido hacía apenas una hora, es decir a eso de las 8.30 de la noche.

Terminada su misión, el doctor Cloud partió, y yo proseguí mis preguntas:

—¿Desde cuándo conocía a Vevrás?

—Desde hace un año, cuando me vine a vivir aquí.

—¿Ud. oyó el disparo?

—Con toda claridad.

—¿Oyó ruidos, voces, algo...?

—No me parece, porque inmediatamente de la detonación, que debe haberse sentido fácilmente porque estaba la ventana abierta, todo el mundo se inquietó en la casa, sonando timbres y haciendo preguntas o comentarios.

—¿Qué hizo Ud., entonces?

—Me llamó, claro está, la atención, y me quedé un momento tratando de dar con su origen, hasta que llamaron a mi puerta.

—¿Quién llamó a su puerta?

—Yo, señor — dijo una mujer rubia, de rostro agradable, y bien vestida.

Me dí vuelta para mirarla bien. Ella prosiguió:

—Soy la que vivo en el 130, enfrente de la pieza del señor Vevrás. Yo oí el disparo y creí que era en la pieza de Gaugin. Entonces llamé. El me abrió, diciendo que también lo había oído. En eso llegaron otros vecinos, y en vista de que el 128 no contestaba, la encargada los llamó a ustedes. Pero con todo —agregó con volubilidad — me cuesta creer que Vevrás se haya suicidado porque sí... ¿No habrá dejado alguna carta, señor inspector?

En eso vino Fernández, que se había quedado inspeccionando la habitación.

—Inspector — me dijo —, la víctima estaba leyendo cuando se suicidó. Aquí está el libro, en la página que estaba abierto.

—De André Gide — seguramente — aventuró Gaugin.

—No — dijo la mujercita — es un libro que yo le presté: "L'au delá" de Charles Nordmann.

—"El más allá" — me tradujo al oído Fernández. — Es una obra de ciencias de metafísica o algo así.

Esto acabó por disipar todas mis dudas. No me pareció nada increíble — contrariamente a la opinión de la señorita Inés (la vecina del 130) — que Vevrás se hubiese suicidado. Era un caso sencillo: un individuo influenciable, provisto de la curiosidad del más allá, y demasiado impaciente. En resumen, un asunto concluído.

Cualquiera de ustedes hubiera pensado lo mismo. Recapitulen: la habitación cerrada con llave por dentro, la ventana abierta, pero inaccesible, el arma que correspondía al disparo, la literatura fúnebre de la víctima y las declaraciones de los testigos...

—Es más cómodo — me dijo en aquel entonces Fernández — creer en un suicidio, porque si fuera un crimen, cualquiera lo averigua.

Me pareció notar algo de sorna en las palabras del meritorio, pero ya estaba acostumbrado a las fantasías de su excesiva imaginación, así que no le hice mayormente caso.

Pero a los tres días recibí una comunicación del doctor Cloud. "Inspector — decía — por más que he hecho un análisis minucioso, no he podido hallar rastros de la deflagración de la pólvora, que necesariamente debe haberse producido en un disparo a quemarropa. No me explico como es posible..." La nota seguía insistiendo en que le parecía raro pero que sin embargo había "que rendirse ante la evidencia" y otros lugares comunes por el estilo.

Yo no la terminé, porque aquello empezó a preocuparme. ¿Habría visto Fernández algo que no me hubiese comunicado? Estos meritorios no dejan trabajar a los demás porque siempre se están pasando de vivos. Pero... ¿cómo podría haber sido un crimen? Pensé en las palabras de Fernández: "Es más cómodo creer en un suicidio, porque si fuera un crimen, cualquiera lo averigua..."

Porque, en verdad, faltan los elementos, los puntales, podemos decir, para asentar la hipótesis del crimen. ¿Cuál es el móvil? ¿Cómo se ha hecho el crimen? Decidí ir de inmediato a la avenida Tandil y realizar otra inspección. Me convenía — en caso de que fuera un crimen — dar por sentado el suicidio y disimular estas últimas investigaciones como tendientes a cerrar el sumario.

Visité minuciosamente la pieza 128, que había quedado clausurada con un agente de guardia. Examiné con todá atención la ventana, que se me antojaba el punto débil de la pesquisa. De pronto, noté con interés, que desde donde yo estaba se distinguía un ángulo de una ventana vecina, de un cuarto contiguo, probablemente. Llamé inmediatamente a la encargada.

—¿De quién es esa ventana?

—Del señor Gaugin, señor Inspector.

—Está bien, gracias. Puede retirarse.

Me dirigí al cuarto de la señorita Inés. Salió ella a recibirme.

—Señorita — le dije — necesito hacerle unas preguntas. ¿Puede atenderme un minuto?

Me pareció que la joven se había turbado ligeramente. ¿O sería que me estaba poniendo yo suspicaz? La señorita Inés me invitó a pasar a su departamentito. Eran unas confortables habitaciones modernas, adornadas con gusto y provistas de numerosas repisas con libros. En una de las repisas divisé una fotografía, que me tapaba algo un florero, pero que me pareció ser de Vevrás.

—Señorita Inés — empecé —. Le ruego ponga la mayor atención en sus respuestas, pues lo que tengo que preguntarle es algo muy importante.

Inés se sobresaltó levemente, pero contestó con firmeza:

—Empiece Ud., señor.

—Cuando Ud. llamó a la pieza del señor Gaugin, ¿se fijó en la ventana?

—Sí, señor.

—¿Estaba cerrada o abierta?

—Cerrada.

—¿Cuánto tiempo se demoró usted en llamar desde que oyó el disparo?

—Muy poco; fuí en seguida.

—¿Se demoró en abrir Gaugin?

—No; abrió unos segundos después que yo llamé.

—Muy bien, señorita, muchas gracias.

Al levantarme, comenté:

—Tiene usted una linda casa, señorita Inés, y es, por lo que veo, muy afecta a los libros...

Esta galantería solo tenía por finalidad acercarme a la repisa y constatar que el retrato por mí vislumbrado, era efectivamente el de Vevrás.

—¿Era usted muy amiga de él? — le pregunté señalando la fotografía.

—Sí... era un buen vecino y una persona muy culta.

—De nuevo, señorita, muchas gracias — dije retirándome.

Esta entrevista me había dejado algo decepcionado. Si en realidad la ventana de Gaugin estaba cerrada, quiere decir que de allí no había partido el disparo. Sin embargo, al decir de la misma Inés, el ruido parecía haberse producido en la habitación de Gaugin. Por otro lado, era muy posible que Inés se hubiese equivocado o hubiese mentido o que Gaugin haya tenido tiempo de cerrar la ventana antes de abrir la puerta....

De pronto me acordé que había olvidado al buen señor del cuarto 129. Llamé de nuevo a la encargada para preguntárselo.

—Es un señor cincuentón — me informó —. Se llama Arístides Bacquetti y tiene una oficina de cambios o valores. Ahora está justamente en su pieza. ¿Quiere que lo llame?

Momentos después, el señor Bacquetti se presentaba ante mí. Venía con un gesto hosco y parecía muy incomodado.

—¿Me han dicho que usted quiere preguntarme algo? —exclamó a manera de saludo.

—Efectivamente, señor. Y tenga la bondad de sentarse.

Bacquetti siguió de pie. Sin insistir, comencé:

—¿Conocía, usted, a su vecino Vevrás? ¿Qué sabe de su suicidio?

—Sí, lo conocía por haber hablado algunas veces. Era un tipo loco. Pero no sé nada de nada. No estuve aquella noche... ¿Es todo?

—¿No sabe si tenía enemigos, si estaba enemistado con alguien de aquí?

Bacquetti me miró receloso.

—¿Adónde quiere parar? ¿Y le han contado que discutía conmigo? Esa debe ser la mosquita muerta de Inés. Y eso que yo la he visto salir muchas veces de la pieza de él y nunca he dicho nada... Ese Vevrás era medio comunista; por eso discutíamos. Y una vez lo mandé al diablo. ¿Pero no se habrá suicidado por eso ni me querrán echar la culpa a mí, eh?

Tranquilicé a Bacquetti y lo dejé ir.

★

En mi oficina encontré a Fernández, que pasaba unas notas a máquina. Me saludó apresuradamente y siguió su trabajo sin preguntarme nada.

—Y usted, Fernández, ¿qué opina del crimen? —dije, acentuando la última palabra.

—No sé si hubo crimen — contestó maliciosamente—, pero creo que convendrá revisar la habitación de Ernesto Gaugin. Si usted consigue la orden...

Fernández coincidía con mis sospechas. Malo, malo —me dije—, debo andar errado entonces. Pero no se me ocurrió mala la sugestión y lo encargué de la pesquisa aunque sin mucho entusiasmo.

En la oficina no había novedades. Dos o tres comunicaciones del médico legista, donde me confiaba sus cavilaciones respecto a la ausencia de deflagración de la pólvora, que, científicamente, debió producirse, etc., etc.

Lo que más me incomodaba era la ausencia de indicios, de huellas, de datos que permitieran seguir una pista o elaborar una hipótesis aceptable. ¿Sería Gaugin? Habría que descartar definitivamente a Inés y a Bacquetti, por supuesto. De repente me acordé que no había visto el informe sobre el arma, de la oficina dactiloscópica. Busqué entre los papeles de la mesa y lo encontré. Pero mi entusiasmo decayó: "No hay huellas de impresiones digitales".

★

A la noche siguiente, lo encontré a Fernández.

—Muchacho, ¿cómo nos vamos a arreglar si no hay siquiera impresiones digitales en la pistola?

—Inspector —exclamó risueñamente el meritorio— ¿No se le ha ocurrido suponer que la ausencia de impresiones digitales sea, precisamente, un indicio?

—¿Cómo? —pregunté extrañado.

—Y... naturalmente; si no hay impresiones digitales es porque han tenido la precaución de borrarlas. Por eso supuse que era un crimen y no un suicidio, antes de que el doctor Cloud descubriera lo de la deflagración.

—¿Y qué ha sacado en limpio de esto?

Fernández adoptó un aire de suficiencia.

—Anoche revisé la habitación de Gaugin...

—Y no encontró nada.

—Justamente.

—Y revisé la habitación de Vevrás...

—¿Y bueno?

—La llave de la pieza, que nos olvidamos recoger al entrar no sirve para cerrar la habitación.

—¡Pero la puerta estaba cerrada! —dije con asombro.

—Sí, pero la llave puesta en la cerradura y que usted empujó era la llave de la habitación de Inés.

—¡Diablo!

—La señorita Inés es encantadora y muy inteligente.

—¿Ha hablado con ella?

—Ha un ratito.

—¿Dónde?

—En el despacho del juez, donde está en este momento.

Di un salto. Este muchacho me iba a dar un disgusto.

—¡Pero quién lo ha autorizado...! —grité encolerizado.

—La señorita Inés —prosiguió Fernández muy tranquilo— se ha confesado autora del crimen.

★

El hallazgo de la llave por parte del meritorio fué, simbolismo aparte, la llave del problema. El resto, deducción. Con su teoría hecha, el meritorio fué a interrogar a Inés. Como todas las mujeres dadas a la literatura, disimulaba su nerviosidad con frases más o menos ingeniosas, pero los famosos nervios femeninos la traicionaron.

Ella era la amante —secretamente— de Vevrás. Cuando llegó a la casa el donjuanesco Gaugin, se sintió atraída hasta llegar a verse con él furtivamente en el corredor. Vevrás los vió un día besarse y planeó el crimen, pero el crimen salió a la inversa. Con esta teoría especuló Fernández, pretendiendo que si desde la ventana de Gaugin podía herirse a Vevrás, desde la ventana de éste podría también alcanzarse a Gaugin, arrojando después el arma por la ventana, por ejemplo.

Inés confesó que, habiendo entrado al cuarto de Vevrás cuando éste atisbaba, arma en mano, la oportunidad de hacer puntería en la ventana de Gaugin. Al ser interrumpido le expresó a Inés que entonces iría a matarlo en su pieza. La joven logró arrebatarle la pistola y retrocediendo unos pasos disparó contra él, dominada por el temor.

Como era inteligente, reflexionó rápidamente sobre lo que debía hacer. Limpió la pistola con un pañuelo, para borrar huellas. Se cercioró de que no había nadie en el corredor y atravesó hasta su pieza, de donde sacó la llave. La colocó apenas del lado de adentro y cerró por afuera con la verdadera, llevándosela. De allí corrió al cuarto de Gaugin, con ánimo de confesarle lo ocurrido, pero no se atrevió, y le preguntó si había oído ruido. Lo demás ya lo he contado. La pobre, debido a la vigilancia que puse en la pieza 128 no pudo recuperar su llave.

La enseñanza que me dejó el meritorio Fernández es que un buen policía debe sacar partido no solamente de las impresiones digitales sino también de la falta de impresiones digitales.



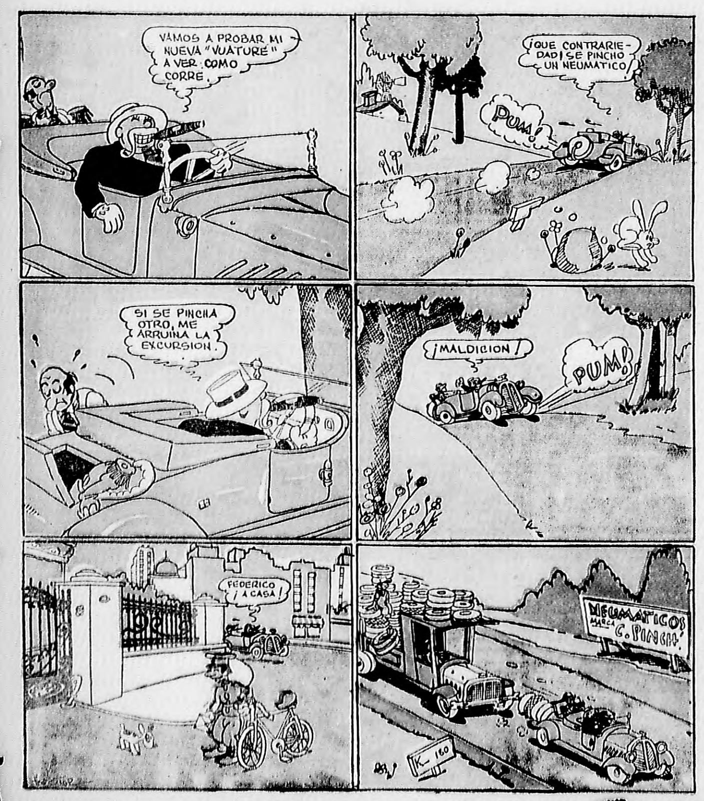
TODOS los números, CRITICA Revista Multicolor de los Sábados, publica un gran cuento policial.

Lea en el próximo número la historia de un misterioso asesinato descubierto a distancia por medio de razonamientos. Lo firma la baronesa de Orczy.



El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez





LAS INTRIGAS DE LOS AGENTES SECRETOS

El espionaje internacional. — Sus peligrosas maniobras. — El misterioso Sidney Reilly. — Sus conspiraciones en Rusia.— Tres veces condenado a muerte. — El sensacional secuestro de Kuteiepoff. — Su conexión con un banquero alemán y un agente fascista. —Móviles del hecho — Detalles sospechosos de la investigación.

LOS diplomáticos "amateurs" de Ginebra se han puesto a hablar con mucha habilidad. Los viejos diplomáticos profesionales de las embajadas, que entre paréntesis no trabajaron mucho tampoco en el pasado, se han aprovechado de esto para trabajar menos que nunca. En resumen, los verdaderos beneficiarios de este nuevo orden de cosas vienen a ser una clase de hombres muy temibles: los agentes secretos internacionales.

Nada más natural. La S. D. N. puede prevenir un conflicto amenazante; pero, ¿cómo podría detener las hostilidades en curso? La boca de los cañones no se tapa con el aliento de las buenas palabras. El verdadero fin de la actual política mundial consiste, entonces, en poner al Areópago ginebrino frente a un hecho realizado.

Es para este fin que trabajan los susodichos agentes secretos internacionales, esos "encargados de negocios" audaces e irresponsables que suplantan —me temo que para desgracia de nuestro planeta— a los "encargados de negocios" responsables y caquécticos, a esos fósiles prehistóricos con plumas de avestruz. Y no son los ejemplos los que escasean.

PROXIMO ORIENTE: Después de las declaraciones hechas en plena Cámara de los Comunes, los vendedores de municiones ingleses han desempeñado un rol muy importante en el desencadenamiento de la última guerra griego-turca. Costó: cien mil muertos.

EXTREMO ORIENTE: Chinos y japoneses siguen degollándose alegremente. Ahora bien, hace bastante tiempo que audaces corredores han llevado contratos de provisión de armas en buena y debida forma a la "Wickers-Armstrong" inglesa y a la "Bethlem-Steel" yanqui (quizás publiquemos algún día curiosos documentos sobre este capítulo). Posible corolario: Una guerra del Pacífico.

AMERICA DEL SUR: Se sospecha la presencia de petróleo en los desiertos del Chaco y de Tacna y Arica. Bolivia, Paraguay, Perú y Colombia se agarran por los pelos. Esto demuestra que la "Royal Dutch" y la "Standard Oil" siguen ventilando sus pequeñas querellas.

ALEMANIA: Aquí llegamos a unos descubrimientos sublimes. ¿Quién ha remitido a Hitler sus primeros fondos de propaganda, cuando desconocido y necesitado, preparaba el Putsch de Munich? Este alguien era un oficial del espionaje aliado: el comandante R... (Un tribunal alemán se ocupó de este asunto. Existen las actas del proceso).

Cuando Hitler llega a ser una potencia ¿a quién encontramos en su círculo inmediato? Al capitán inglés Vivián Stranders del intelligence service, condenado por espionaje en detrimento de Francia. Esto sucede en 1925.

En 1932, los hitlerianos preparan la presa del poder. Trasfieren su cuartel general a Dantzig. Amenazas de guerra en contra de Polonia, legitimadas por una serie de despachos tendenciosos enviados a la prensa británica. El autor de estos despachos no es otro que el agente inglés Greenwal.

1933: Enseguida de haber llegado a ser canciller, Hitler decide revelar al mundo sus pensamientos secretos. ¿A quién se dirige? Al coronel inglés Etterton, un "oficial superior periodista" del cual tendremos que estudiar el rol desempeñado, un día de estos.

Los agentes secretos anglosajones no han dejado nunca de rodear al jefe del supernacionalismo alemán. ¿Y a qué nos puede conducir una tal "diplomacia" sino a una nueva carnicería mundial? Vamos a examinar ahora la manera con la cual los diplomáticos ocultos de postguerra se han interesado en las cuestiones rusas. Se podría escribir una biblioteca entera de novelas sobre esta batalla oculta y furiosa que separa o une, desde 1917, a los agentes secretos ingleses, bolcheviques franceses e italianos; mas, nos conformaremos con una simple exposición cronológica.

Pensad que se trata de la lucha entre dos concepciones de la vida futura de nuestro planeta, que los peones movidos sobre el tablero por unos jugadores invisibles son: de una parte, doscientos millones de "burgueses", y de la otra, ciento setenta millones de "proletarios".

Pensad también que esta tragedia subterránea ha salido de vez en cuando a la luz del sol bajo la forma de hechos horribles o extraños como por ejemplo el secuestro del general Koutiepoff o ¿por qué no? el mismo asesinato del presidente Doumer.

2

SIDNEY GEORGE REILLY Y ALGUNOS OTROS

Cualesquiera sean los rumores contradictorios que circularon y circularán aun por mucho tiempo a su respecto, yo creo que el capitán Sidney George Reilly, del "Intelligence Service", encarna al tipo del héroe desconocido.

He aquí su historia:

No se sabe con seguridad cuál es el verdadero nombre y el lugar de nacimiento de este hombre que ejerció una acción preponderante en la política europea.

Según Bruce Lockhart — antiguo colaborador suyo que fué cónsul de Gran Bretaña en la Rusia soviética y por lo tanto conocedor de muchos secretos — Sidney George Reilly habría nacido en Odesa (Crimea), de padres israelitas. Su apellido habría sido en realidad Rosenblum, pues el de Reilly lo habría sacado del patronimio de su primera esposa M. Kalagán-Reilly.

La División III B. (central del espionaje alemán, en contra de la cual Sidney luchó victoriosamente durante la guerra) lo creía, por el contrario, hijo de un comerciante judío irlandés y de una rusa.

En 1900, Sidney George Reilly, dirige un comercio de madera en Port-Arthur (Manchuria). Es probable que él haya dado ya muchos indicios al Japón, en ese entonces aliado de Inglaterra.

Siguen a esto varias misiones comerciales al Japón.

En 1914 hallamos a Reilly en la Polonia rusa donde reside desde hace varios años. Pioner de un deporte aun en embrión, instala varias bases de aviación por cuenta del gobierno zarista. Moscú y Londres están por el momento en buenas relaciones.

Sobreviene la guerra. Este hombre extraño es oficialmente ciudadano inglés.

En los archivos del "Intelligence Service" figura como capitán. Sin duda alguna ha de hacer bastante tiempo que trabaja para esa Institución, pues su "indicativo" (número con el cual están matriculados los agentes secretos) es "first" (el primero). Burlándose del contraespionaje, el capitán lleva a cabo en Alemania misiones peligrosísimas.

Parece que haya llegado a identificar a los oficiales del espionaje alemán que, en 1917, sirvieron de "managers" a la revolución bolchevista: Comandantes Lüberts, von Boehlke, Bayermeister, lugarteniente Hartvig, etc....

Desde el triunfo del bolchevismo, Sidney George Reilly trabaja en Petrogrado y Moscú contra los nuevos dueños del imperio ruso en los cuales entrevé, no solamente a los peores enemigos del capitalismo mundial, sino también los adversarios declarados del imperio británico. Organiza la conspiración llamada "de los Letones" que fracasa al filo del éxito. Condenado a muerte por contumacia, llega a ser, bajo un falso nombre, alto funcionario soviético en los "bureaux" de la V. Z. I. K. que es el centro vital de la joven Rusia soviética.

Fué, sin duda, en esa época que conoció al maravilloso Orloff, viejo juez de instrucción zarista, que llegó después a juez de instrucción de la "Cheka", quedando, empero, de conspirador blanco.

El "funcionario bolchevique" Sidney George Reilly, trabaja en combinación con otro personaje de leyenda, Sir Paúl Dukes, jefe supremo del espionaje inglés en Rusia, con Bruce Lockhart, del cual hemos hablado, y con el comandante Ernest T. Boyce, elegante "gentleman" de cabellos canos que encarna al prototipo del perfecto oficial del "Intelligence".

Entre sus agentes figura un extraño individuo, de apellido ruso-turco, que será luego un feroz enemigo del capitán y que, cambiando de bandera, urdirá vastas intrigas entre los petroleros americanos y los dirigentes comunistas.

Este B.... S...., por otra parte, no desempeña más que un rol episódico y si lo mencionamos es sólo para demostrar qué intereses gigantescos se escondían detrás de estas historias de espionaje.

Damos a continuación el balance de las actividades de Sidney George Reilly, en Leningrado y en Moscú, hasta 1924:

Organiza la conspiración de los letones. Proyecta la "supresión" de Troztky. Facilita a Boris Savinkov, ex ministro de Guerra de Kerensky, el plan y los medios de acción del vasto complot antibolchevista conocido bajo el nombre de "organizaciones verdes".

La Tcheka no ha dejado nunca de perseguirlo: Es por tres veces condenado a muerte en contumacia. Mas esto no impide que él continúe sus vaivenes; sale de Rusia y vuelve a entrar con una entereza y sagacidad prodigiosas.

¿No servirá como experto de los negocios rusos en medio de la delegación inglesa a la Conferencia de la Paz?

La última vez que logró evadir del paraíso comunista, en 1924, el capitán llevaba un documento que se hizo famoso bajo el nombre de "Carta Zinovieff". Esta carta auténtica o no provocó la caída del primer gabinete laborista y la ruptura entre Inglaterra y los Soviets.

Durante algún tiempo, Sidney George Reilly, guiará la batalla antibolchevista desde el exterior. Episodios:

1.o — EL "AFFAIRE" BORIS SAVINKOV.—

Socialista revolucionario, organizador, en los tiempos del zar, de los espantosos atentados que minaron los mismos elementos de la autocracia, ministro de guerra Kerenskista, luego, aliado del general en su lucha contra los bolcheviques, y organizador de los "ejércitos verdes" (tropas anticomunistas compuestas de socialistas y de paisanos), este Boris Savinkov, el gran Boris, parece un personaje de ensueño que haya tomado vida. Tal hombre no podía dejar de entenderse con nuestro héroe de aventura.

Savinkov llega en exilio. Reilly, bien pronto se hace su "manager". Las organizaciones verdes existen todavía en Rusia pero les falta el dinero y el apoyo en el extranjero.

El capitán se encarga de suministrarles todo esto.

En julio de 1924, gracias al oficial del "Intelligence", Boris Savinkov es recibido en Roma por Mussolini. ¿Cuáles son las promesas que recibe? Misterio. Que entre ambos hay cambios de promesas parece estar fuera de duda, pues hay que recordar que en esa época el fascismo terminaba de triunfar como reacción anticomunista.

El 10 de agosto de 1924, Boris Savinkov, ya vuelto de Roma, deja París con destino a Rusia, en donde debe tomar el mando de una inmensa sublevación. El jefe de los "verdes" posee un pasaporte falso de fabricación italiana. Este pequeño detalle es suficiente para caracterizar a la empresa. Boris está acompañado por su secretario Doerenthal.

Algunos días después de haber cruzado la frontera rusa los dos hombres son detenidos por la Tcheca de Kiew.

Juzgado por el Tribunal Supremo Revolucionario, Boris Savinkov, hace una honrosa retractación, se convierte al bolchevismo y reniega de sus cómplices (si es que no los denuncia). Se le condena a una simple pena de encarcelamiento. Encerrado en la cárcel de Loubianka, Boris Savinkov cae al suelo desde una ventana y muere. Las autoridades llegan, naturalmente, a la conclusión de que se ha suicidado.

Doerenthal fué absuelto. Ocupa actualmente un puesto elevado en el Ministerio del Exterior de Moscú, sección "Informes extranjeros"!

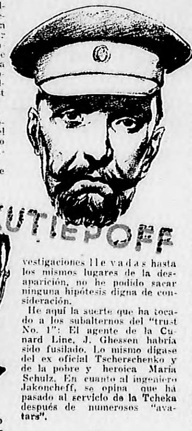
Esta segunda conspiración de los "verdes" (la primera data desde 1918-19) termina en un horrible "vaudeville".

Descorazonado, tocado en pleno por estas traiciones, el capitán Sidney George Reilly se embarca para los Estados Unidos. Mientras tanto sus antiguos camaradas del "Intelligence" en la Rusia soviética — ahora instalados en los países del Báltico — han organizado un nuevo "affaire". Pero les falta un hombre de acción, un "metteur en scene" audaz. El comandante Boyce ruega a Sidney que vuelva a Europa para tomar la dirección del "affaire". El acepta. Este desventurado se engolfa así en la intriga del "Trust N.o 1" de infausta memoria.

2.o — EL "TRUST N.o 1". —

Será tan inútil como fastidioso exponer el mecanismo del "Trust No. 1". Creemos por lo tanto que serían suficientes algunos datos:

En el interior de Rusia se



apoyará en las famosas como fantásticas "organizaciones verdes" que unos hábiles agentes despertarán de su torpeza. Damos a continuación los nombres de algunos de ellos (se verá después porque nos interesan):

El empresario de seguros marítimos J. Ghessen (ex agente de la Cunard Line en Leningrado), el ingeniero Jaconcheff, el empleado Opperput, el viejo oficial Tscherchenko y una señorita, María Schulz.

En el exterior se buscará reunir a los sólidos elementos de la emigración. El jefe de estas tropas de refuerzo será el último comandante de las divisiones blancas de Crimea, y sucesor del general Wrangel, el general Koutiepoff.

El alma de esta empresa no puede ser otro que el capitán Sidney George Reilly, veterano del antibolchevismo y as de las luchas secretas...

Una noche de setiembre de 1925, el capitán Sidney George Reilly, entra una vez más — una última vez— en la Rusia roja. ¿Para qué? Es esta una pregunta a la cual no sé contestar. Parece que lleva a cabo esa peligrosa excursión para ponerse en contacto con un alto dignatario bolchevique al que habrían logrado afiliar a la conspiración.

Desde entonces ningún testigo al cual se pueda prestar fe ha vuelto a ver en la Europa capitalista a este personaje extraordinario. ¿Ha muerto?

Los diarios oficiales del bolchevismo anunciaron que el 28 de setiembre de 1925, una patrulla de guardias rojas había sorprendido a unos contrabandistas que intentaban pasar de Rusia a Finlandia cerca de la aldea de Allakul. Hubo un tiroteo. En medio de los muertos se habría encontrado el cuerpo del "espía inglés" Sidney George Reilly. ¿Está prisionero?



Un ex funcionario soviético, ingeniero Vladimir Brünowsky, encerrado en 1926 en la prisión de Boutyrki — en Moscú — y luego expulsado en Letonia, ha declarado, bajo juramento, que en la cárcel había entablado relación con otro prisionero.

Este prisionero, sometido a un régimen especial, sería el capitán Sidney George Reilly, que los bolcheviques daban por muerto desde hacía un año. Hay que agregar que el ingeniero Brünowsky apoyaba sus relatos con datos que sólo el jefe directo de Sidney o el mismo capitán habrían podido conocer.

Ultimo toque de campana: Hablo a simple título de información. Desde Lord Kitchener hasta Ivar Kreuger siempre se encuentran algunos espíritus dotados de inventiva que tratan de "resucitar" a los desaparecidos de alguna importancia. Es así como algunos diarios han publicado la noticia de que el capitán Sidney George Reilly estaría en China organizando... los ejércitos rojos. Recientemente un diario ruso — del cual me guardaría bien de poner en duda la buena fe — publicaba dos artículos, muy interesantes en el conjunto, pero en lo referente a este punto especial, basados, a mi ver, en documentaciones más bien arriesgadas. El autor de esos artículos afirma haber encontrado al capitán en 1930, en un dancing de la capital. El oficial inglés habría ido a buscar, en una tienda de la plaza Vendome, unos pedidos, que habría hecho mucho tiempo antes, en la época de su desaparición... de donde el autor de los artículos saca la conclusión intrépida de que Sidney George Reilly, lejos de haber sido muerto o detenido había pasado al servicio de los bolcheviques, los cuales le habrían encargado de secuestrar a su viejo compañero de lucha: el general Koutiepoff!

Personalmente he hecho largas encuestas sobre el caso Sidney Reilly; pero de estas investigaciones llevadas hasta los mismos lugares de la desaparición, no he podido sacar ninguna hipótesis digna de consideración.

He aquí la suerte que ha tocado a los subalternos del "trust No. 1": El agente de la Cunard Line, J. Ghessen habría sido fusilado. Lo mismo dígase del ex oficial Tscherschenko y de la pobre y heroica María Schulz. En cuanto al ingeniero Jakoncheff, se opina que ha pasado al servicio de la Tcheka después de numerosos "avatars".

3

ESTUDIO CRITICO DEL "AFFAIRE" KOUTIEPOFF. —

Una vez desaparecido Sidney George Reilly, la empresa que él dirigía subsistió a pesar de todo. Su sucesor en el mando fué el general Koutiepoff. Este rudo soldado estuvo siempre a la altura de su misión.

Esclavo de un ideal que no le ofrecía otras alternativas que la victoria o el martirio, animado por una voluntad inquebrantable, patriota ruso en todo y para todo (es decir que él no se entretenía en consideraciones de oportunidad ni de sentimentalismo) el general Koutiepoff debía solicitar todos los apoyos, cualquiera fuese el lugar en que se encontraban.

Jefe de los "Galipoliens", él podía contar con los restos del ejército blanco acuartelado en Yugoeslavia. No obstante haber reputado inútil el estudiar esta cuestión, creo que 30 o 40 mil soldados rusos, todos hombres de la "élite", podían encontrarse en exilio al borde de la Save. Y aquel que los había llevado hacia el fuego debía tratar de entretener su ideal y de alegrar sus miserias.

Agregaré también que para ciertos "políticos realistas", celosos del adelanto de la Serbia y deseosos de asegurarse la hegemonía de los Balcanes, este estado de cosas debía de representar, en caso de un conflicto, un riesgo al cual era imposible no dar importancia.

Matad al alma y el cuerpo caerá en el polvo. Suprimid al jefe y las tropas no tardarán en disolverse.

Este experimento ya había sido ensayado por los "políticos realistas" en su lucha en contra de las fuerzas democráticas. Y Matteotti, fogoso animador, había sido "descartado" sin otra forma de proceso.

Debemos, además, añadir, que los "políticos realistas" se entienden siempre entre sí, sea cual fuere el color de sus camisas: Negro a orillas del Tíber, pardo en Berlín, rojo en Moscú. Es siempre bueno darse recíprocas muestras, pues los pequeños presentes mantienen la...

Y este Koutiepoff, después de todo, podía, quizás, guardar en sus cajones las pruebas escritas de conversaciones que se habían tenido con sus predecesores...

El general Koutiepoff desapareció el domingo 16 de enero de 1930. A las diez y media de la mañana salió de su domicilio situado en la calle Rousselet. Sus camaradas le esperaban en la calle Mademoiselle cerca de la iglesia donde se debía celebrar un oficio religioso, mas él no llegó.

Se paró en la estación del subterráneo Duroc e hizo unos cien pasos con aire preocupado, como si esperase a alguien.

A partir de ese momento se cae en la fantasmagoría. Los que releen en los diarios de la época los testimonios que fueron recogidos y "verificados" oficialmente no pueden menos que sonreír, no obstante que el asunto sea trágico.

De ese cúmulo de palabras resulta:

Que el general tomó la dirección de su domicilio cerca de las once de la mañana. En la esquina de las calles Rousselet y Oudinot, vigilaba un agente de policía, uno de los "falsos agentes" de la encuesta. Dicho falso agente, disimulaba, lo más visiblemente posible, su presencia en ese lugar desde hacía varios días!

Un taxi color rojo estaba parado en la calle Oudinot, y, cerca de allí, en la calle Rousselet, se hallaba otro auto particular de color gris. Dos hombres estaban cerca de este último. Estos mismos hombres abordan al general que llega. Un "testigo" los ve discutir. Eso mismo testigo — que se encuentra en una casa — no piensa en leer número del coche. Esta persona "extravidente", ya ha notado que el falso agente no lleva en el cuello de su uniforme el número reglamentario. (?)

El general sube, por el amor o por la fuerza (los testimonios no concuerdan sobre este punto) en el coche gris. Este coche lleva adelante uno o dos "chauffeurs", y en el interior a los "tchekistas" y al falso agente, los cuales cloroforman, atan y asesinan a su víctima. El taxi rojo hace también parte de la caravana.

Antes de que el auto saiga intervienen otras comparsas: Un segundo "falso agente" corpulento y apopléjico, una "mujer de gris" y un tercer "tchekista".

Después de esto, el taxi rojo y el auto gris cruzan París y corren por Francia. Se los ve sobre rutas diametralmente opuestas. Desembarcan su trágico contenido en unos buques, llegados especialmente (y secretamente) para la circunstancia sobre costas diferentes.

En resumen, los testimonios y las pistas se multiplican y entrecruzan tan bien, que la encuesta se pierde en las tinieblas de la incoherencia y los expedientes del juez de instrucción se llenan de un vacío sonoro.

No se seleccionan las declaraciones. Se coleccionan. No se pasan por el tamiz del sentido común. Y por lo tanto no faltan las críticas:

1o. Querer secuestrar a alguien en medio del más grande secreto, y para hacer esto, disfrazar a unas comparsas de agentes de policía, es una cosa que se representa al "Ambigú". Mas la realidad, copia muy raramente las formas rituales del melodrama.

2o. Dos autos —uno de los cuales lleno de asesinos que custodian a su víctima— no pueden cruzar una nación sin aminorar la marcha en una de esas pequeñas aldeas donde nada pasa inadvertido. Que sea en las costas o fronteras, el punto más cercano adonde habría podido llegar el auto gris para salir de Francia dista tres horas de la capital; y sin embargo en ninguna parte se ha notado su paso.

8o. Antes de tratar de encontrar cómo ha desaparecido un hombre, es de suma importancia saber con qué personas debía encontrarse ese día, y si esas personas tenían algún poderoso interés en hacerlo desaparecer.

Para fijar este último punto, para solucionar esta cuestión de capital importancia, es absolutamente necesario hacer el inventario de todos los papeles personales del hombre que se busca.

En materia criminal no hay nada más erróneo que las ideas preconcebidas. A los asesinatos, secuestros, fugas, etc., no se los puede dar a priori el aspecto clásico y seductor de las novelas folletinescas. Ninguna pista debería ser descartada por el solo hecho de salir ésta del esquema aceptado como el único posible.

Supongamos, por ejemplo, esto: El domingo 26 de enero de 1930, a las diez y media de la mañana, delante de la estación del subterráneo Duroc, el general Koutiepoff tenía un "rendez-vous" tan importante que para asistir a él dejaba de ir a un servicio fúnebre al cual este hombre, muy creyente, no hubiera, por cierto, querido faltar.

El general debe encontrarse con dos hombres. Con los dos juntos o bien con uno solo de ellos, que debería conducirlo adonde se halla el otro. UNO SERA UN SUPUESTO "BANQUERO ALEMAN", agente hitleriano que el general conoce. DE ESTE GENERAL ESPERARIA UNA AYUDA MATERIAL URGENTE PARA LOS "GALIPOLIENS" DE SERVIA.

EL OTRO SERIA AGENTE SECRETO DEL FASCISMO (cosa que sin duda el general ignora) y este agente secreto del fascismo tendrá la misión, no sólo de sondear los designios de Koutiepoff, sino de ponerlo en la imposibilidad de "dañar", es decir, de impedir todo contacto entre él y sus tropas acuarteladas en Servia, que inquietan tanto a los dirigentes de la política italiana.

Al "banquero" hitleriano que debe servir de anzuelo, puede, por otra parte, sospechársele en excelentes relaciones con la G. P. U., ya que no existen departamentos estancos entre todos esos agentes internacionales.

Tanto peor para el general si encuentra entre cuatro paredes al "banquero alemán" flanqueado por el intermediario "italiano".

Llegamos por lo tanto a esto (siguiendo siempre en la hipótesis). No hay necesidad de un secuestro romántico, ya que el general ha aceptado el ir a una cita. Un departamento cerca del "Etoile", una hermosa casa de un barrio tranquilo ve a los tres hombres reunidos.

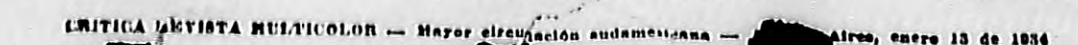
Un infeliz azar quiere que el "banquero alemán" sea expulsado de Francia, después de la desaparición del general, sin ser interrogado. El agente fascista vuelve a sus lares sin ser molestado para nada. ¿Quién sospecharía de él?

Las autoridades llegan a conocimiento de este escenario un año y medio después de su posible realización. ¿Qué hacer?

¡Nada! Ya es demasiado tarde.

La grande hilera que os he mostrado y que serpentea a través de las tinieblas donde hormiguean los servicios de espionaje internacional, ora enemigos, ora cómplices, en esa "jungla" donde se provocan los incendios para "quemar" a los agentes que se han hecho peligrosos, esa grande hilera, termina en las tinieblas.





POR

XAVIER DE HAUTECLOQUE

ILUSTRACION DE PREMIANI

La Obsesión de Rosina

POR

RICARDO M. SETARO

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI



VOY a contarles la historia de Rosina Eldorado, la muchacha que mató para comer. Ella no se llama en realidad Rosina Eldorado, pero no puedo nombrarla de otro modo; está en la cárcel y esta historia, lejos de atormentarla con el recuerdo de su crimen, ha de servirle tal vez de estímulo para soportar su pena al saber que alguien ha comprendido su drama.

Era apenas una muchacha cuando se casó. Creo que tenía entonces diecisiete años, y su matrimonio fué desdichado, sin belleza. Llegó a ser mujer antes de que la vida le proporcionara los elementos para ser una perversa en el amor. No conocía las formas retorcidas de la sexualidad de las mujeres estragadas en el andar de los noviazgos y de los flirteos audaces, y él no tenía la experiencia de las mujeres puras. El choque fué así violento, irremediable, y se divorciaron.

Al poco tiempo eran dos extraños. El agrio pleito los distanció aún más y sus vidas se perdieron en la ciudad, despreocupado él de la suerte de ella, indefensa ésta ante la vida, sola en parentesco, sin dinero, con la amistad tibia de un muchacho estudiante, único amigo restante de su acabada familia.

Cuando ocurrió lo que voy a contar, hacía ya mucho tiempo que ella buscaba trabajo. Tenía agotado el crédito de los amigos, de quienes habíase alejado poco a poco a medida que sus pedidos de ayuda resultaban visiblemente molestos o provocaban las turbias insinuaciones y los no reprimidos deseos. Y la tarde anterior había sufrido el más rudo golpe: su propio tío — por la vía materna — habíale entregado maliciosamente las señas de un departamento, cuando ella le solicitó en préstamo una modesta suma de dinero. El pariente le había dicho, con gesto obsceno: "Te espero esta tarde a las cuatro. Si vas tendrás todo lo que quieras".

No fué a la cita, y ese día se cumplieron, por primera vez en su vida, veinticuatro horas sin probar alimentos.

Anduvo toda la mañana recorriendo las oficinas de los anunciantes que pedían empleadas en la sección de avisos económicos de los diarios, y su fracaso en las solicitudes de trabajo fué, hasta el mediodía, alternándose con la vista de los escaparates de las fiambrerías, la pesada atmósfera olorosa de las veredas de las panaderías y las mesas tendidas y las fuentes humeantes de los restaurantes.

El sol, cayendo verticalmente sobre las calzadas y el asfalto recalentado de las calles, anunciaba la mediación del día. El tráfico se intensificaba con la salida de los empleados y las obreritas de las tiendas y la atmósfera se hacía más sofocante, irrespirable.

Rosina Eldorado había caminado toda la mañana, no tenía un solo centavo y al cansancio general de su cuerpo se unía la temperatura ambiente y un difuso dolor que le retorcía el estómago, provocándole una depresión tan grande que le enturbiaba los pensamientos y hacía que se le antojara inaccesible la sombra de las solitarias habitaciones de su departamento, ubicado tan sólo a unos centenares de metros del lugar donde se encontraba.

Pero tenía la esperanza de que, al llegar a su casa, encontraría en ella, esperándola, a Pedro, el estudiante. Era el único amigo que continuaba siéndole fiel en su miseria y en su soledad. Y apuró el paso instintivamente, esperanzada en que Pedro hubiese conseguido algún dinero, algo para comer. Poco después trasponía la puerta de la casa de departamentos donde habitaba.

El portero estaba esperándola. Cuando la vió llegar se le acercó y sin cumplir siquiera por rutina con la cortesía del saludo, le entregó una carta. "Es el último aviso", le dijo.

Rosina sabía que de un momento a otro sería desalojada. Adeudaba varios meses de alquiler y solamente la dilación de los trámites judiciales permitía que aun continuará viviendo allí. "Sí, ya sé", dijo lacónicamente, y se dirigió hacia el ascensor, fijo su pensamiento en la idea de comer. Oprimió el botón correspondiente al séptimo piso y el aparato espezó a subir.

Rosina s había quitado el sombrero, que oprimía en su mano junto con la cartera vacía, y el pasar por los pisos, más que un acontecer determinado por el hecho material de trasponer etapas de edificación, se revelaba a su conocimiento por las diferencias de los aromas y olores que exhalaban las cocinas, que la pericia del arquitecto no había logrado en aquella casa encerrar en la intimidad de cada hogar. Llegó así a la puerta de su departamento, en cuyo interior esperaba que estuviera Pedro aguardándola con algo para comer. Pero el estudiante no estaba allí.

Después de unos instantes de vacilación, en que todas las esperanzas que había acumulado en los últimos tramos del camino a su casa se desmoronaron como se desmorona el prestigio de los politicos cuando llegan al poder, se dirigió maquinalmente hacia la cocina y realizó allí esa repetida búsqueda de los últimos días, en que el hambre parecía aún mayor al observar las fuentes vacías, los recipientes exhaustos y hasta el depósito de residuos sólo ocupado por papeles sucios y latas de conservas baratas que habían sido su único alimento desde hacía algún tiempo.

Aquel violento contacto con la realidad pareció servir para que resaltaran de pronto, uniéndose, su cansancio, su hambre y el dolor cada vez más intenso de su estómago y la incomodidad de las ropas, empapadas en el acre sudor producido por la larga peregrinación de la mañana.

Rosina fué hasta su dormitorio, arrojó sobre una silla su cartera y el sombrero, que se había sacado al subir en el ascensor, dejó caer el ajado diario, que sus manos habían ensuciado con la traspiración, y se desplomó sobre el lecho, aniquilada física y moralmente.

Así estuvo un momento, casi sin conocimiento. Luego sus pensamientos fueron ordenándose, acelerándose. Concebía y desechaba formas para hacerse de alimentos; se decidía a llamar a un amigo cualquiera para pedirle que la invitara a almorzar, pero repasaba mentalmente los nombres de aquéllos y el recuerdo de las negativas, las insinuaciones y los insultos iba borrándolos uno a uno, vencida su esperanza por el amor propio o la repugnancia.

Recordó luego que algunas personas resuelven casos análogos hablándole claro al dueño de un restaurante... En ese momento sonó la campanilla del timbre. Tuvo un sobresalto, pensando en los rostros hostiles de los proveedores, que desde hacía muchos días reclamaban inútilmente el pago de sus últimas compras, pero la repetición sistemática de las llamadas, señal convenida con el estudiante, le proporcionó la alegría, llena de esperanzas, de la anticipación de la llegada de su amigo.

El estudiante entró sonriendo. Apenas saludó y se dejó caer sobre un sofá. "¿Conseguiste trabajo?", preguntó, mirando alrededor de la habitación con indiferencia afectada. Luego agregó: "A mí me fué mal. Comí en la pensión, pero no pude traerte nada".

Rosina se quedó junto a la puerta, que acababa de cerrar, mirándolo fijamente. Luego, haciendo un gesto que sintetizaba su definitiva resignación, fué a sentarse junto al sofá donde el estudiante estaba apoltronado, haciendo jugar entre sus dientes un sucio mondadientes.

—No hay trabajo para mí, dijo Rosina. Si me hubieran enseñado a hacer algo... Todas saben escribir a máquina.

Estaba con el rostro apoyado en ambas manos y los codos hincados sobre sus rodillas, mirando fijamente en un punto de la pared, del otro lado de la habitación. "¡Qué asco", dijo. Había hablado maquinalmente y pensaba en el momento en que el dueño de una oficina llevó a su barbilla la mano velluda, cuando ella le dijo: "No sé hacer nada, pero sea bueno, déme trabajo". Después le contó al estudiante lo que había ocurrido.



Pedro la escuchaba y jugaba con el mondadientes. "Hoy comimos bien", dijo luego. "En estos últimos tiempos nos dan bien de comer. Algo raro le pasa a la patrona de la pensión: fijate que hoy comimos pollo...".

Rosina seguía sentada a su lado, en la misma posición. Las palabras del estudiante le producían, al escucharlas, como movimientos reflejos en su boca y en su garganta, mientras sus glándulas segregaban abundante saliva y el dolor difuso del estómago se concretaba en agudos retorcijones.

Y el estudiante seguía: "Hasta fruta nos dan ahora...".

Al mismo tiempo Pedro acariciaba en su bolsillo los márgenes de una diminuta tarjetita. La sacó. Leyó su contenido que conocía de memoria y se la alcanzó a la muchacha. Había escrito en ella un nombre de mujer y las señas de un domicilio. Rosina leyó a su vez. Conocía la dirección. Había ido a buscar trabajo allí una vez, cuando apareció en el diario un aviso solicitando empleadas para un escritorio, y había salido de la casa asqueada por la proposición que le hicieron y por el rostro de facciones amasadas en vicio de la mujer que la atendió.

El estudiante, fingiendo la misma indiferencia que había asumido desde el momento de su llegada, le dijo: "No sé si te gustará, pero es la única solución. Yo seguiría siendo tu amigo y te ayudaría — agregó, y luego reanudó su conversación sobre la comida de la pensión. "Un puchero muy bueno nos sirvieron ayer..."

Rosina se había levantado. Tenía la tarjeta en la mano, mirándola fijamente, y caminó como una autómata en dirección a la cocina, donde entró.

"Pedro", llamó al rato desde adentro, "Vení". El estudiante sonrió, se enderezó y se dirigió hacia el lugar donde ella lo llamaba. Abrió la puerta y antes de poner su pie en el suelo, disponiéndose a avanzar, dió un grito, levantó los brazos, crispadas sus manos y se desplomó, cayendo de espaldas sobre el suelo. Rosina, de pie en el dintel de la puerta, tenía en su mano, ensangrentado hasta la ese, un grueso cuchillo de cocina.

"Vos me brindaste la última oportunidad", dijo en voz alta y al mismo tiempo cayó, como deshecha, agotadas sus fuerzas por el hambre.

Los diarios dijeron que el crimen de la calle Alsina era de carácter pasional y la misma Rosina Eldorado declaró al juez que había matado a Pedro Fuentes porque él amaba a otra mujer. Yo sé la verdad y los lectores que han leído, también.

El Duelo del Asesino y del Perro

EL despecho y la envidia consumían lentamente al caballero Macario de Montargis. Sus ambiciones y deseos de gozar de la privanza del rey Carlos V de Francia, se veían obstaculizados por el favor creciente que el soberano concedía al gentilhombre Aubrey de Montdidier.

Una sonrisa, una conversación aparte, un gesto del monarca hacia su rival, hacía palidecer el semblante del aspirante a los favores reales y sus delgados labios de envidioso sufrían la presión de los dientes en una involuntaria contracción.

Una vez que hubo llegado a la convicción de que le sería imposible suplantar a Montdidier en su rango cortesano, una idea surgió firme en su mente como única solución de sus amarguras y satisfacción de sus pasiones: la muerte de su rival. Y así lo juró.

Había que proceder con cautela y no demostrar un encono que lo hiciera sospechoso. Una tarde que Aubrey de Montdidier se encaminó hacia el bosque de Bondy acompañado de su perro, Macario de Montargis lo siguió sin ser notado y de un certero golpe asesinó a su rival. El perro, atemorizado ante lo inesperado del ataque, no atinó a intentar la defensa de su dueño, en tanto que el asesino abandonaba rápidamente el lugar del hecho.

El animal asustado corrió sin descanso al palacio de Carlos V, en donde pronto fué reconocido por los amigos de la víctima, a los que, con sus movimientos y aullidos, convenció de que lo siguieran por lo sospechoso de su actitud. Llegados al bosque, escarbó con sus patas el sitio donde se hallaba semienterrado su amo, hallazgo que despertó la indignación de los cortesanos.

Retirado el cadáver, el perro acompañó los despojos a la corte quedando allí alojado.

A los pocos días el caballero Macario se presentaba en el palacio real, y aunque no las tenía todas consigo trató de ocupar a toda costa la vacante que su víctima dejara. Apenas entrado al salón, el perro, que permanecía como aletargado, rechinó los dientes, se iluminó su mirada y de un gran salto se lanzó recto a la garganta de su rival, el que a duras penas pudo librarse de sus colmillos con la ayuda de los demás cortesanos.

En lo sucesivo, cada vez que el mastín advertía la presencia del matador de su amo, entraba en furia súbita y se abalanzaba sobre el caballero, que por estas circunstancias vino a ser sospechado.

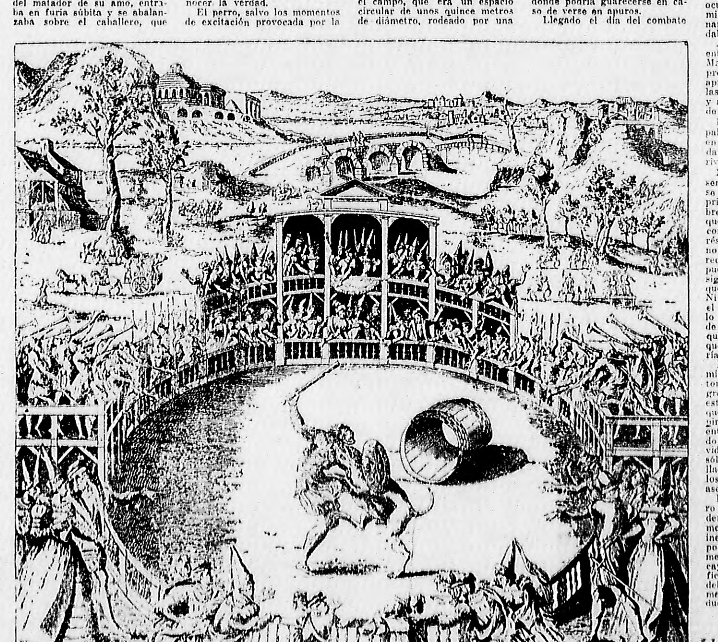
Oídos por el rey los comentarios y habladurías de la corte respecto a este epiodio, decidió que la demanda del perro y la negativa del caballero se terminarían en campo cerrado; por este medio Dios haría conocer la verdad.

El perro, salvo los momentos de excitación provocada por la presencia de Montargis, permanecía en un estado de letargo y sin probar alimentos, lo que de continuar haría extrema su debilidad.

Por tal razón se apresuraron los preparativos para el combate. En los terrenos adyacentes al Palacio Real se preparó el campo, que era un espacio circular de unos quince metros de diámetro, rodeado por una baranda, instalándose gradas y un palco destinado a ser ocupado por el rey y la corte.

Las condiciones del combate fueron las siguientes: El caballero estaría armado de un escudo y un bastón; el mastín dispondría de un tonel desfondado, colocado horizontalmente, donde podría guarecerse en caso de verse en apuros.

Llegado el día del combate el rey Carlos V, acompañado del Delfín, los príncipes Luis de Anjou, Felipe de Borgoña y Juan de Berry, el mariscal Mouton de Blainville, el almirante Juan de Vienne, el chambelán Gilles de Nédonchel, el señor de Dampierre, Bertrand Du Gueselin y otros señores ocupó el palco y toda la corte, militares y gentileshombres llenaron las graderías que circundaban el campo.





A la hora indicada hizo su entrada al terreno el caballero Macario de Montargis, quien, previo saludo al monarca, se aprestó para la lucha, tomando las armas que le correspondían y a pie firme esperó la llegada de su enemigo.

Este llegó conducido por dos palafreneros, quienes, una vez en el terreno, lo soltaron, quedando frente a frente los dos rivales.

No bien hubo notado la presencia de Montargis, el perro se lanzó sobre su presa y en la primer acometida el gentilhombre consiguió esquivar el ataque de su furioso adversario. El combate adquirió un gran interés dramático, pues el mastín, no obstante algunos golpes que recibiera, tomó mayores bríos, pues parecía darse cuenta del significado de la lucha y no quería dejar escapar su presa. Ni una sola vez se refugió en el tonel buscando tregua y sólo parecía atraerle la garganta de su adversario, adivinando que era el punto vulnerable, que una vez alcanzado terminaría con su odiado rival.

El combate duró unos tres minutos, terminando con la victoria del perro, que al fin logró su objetivo, consiguiendo estrangular a su adversario, al que no soltó hasta que hubo expirado entre sus dientes y aún entonces tuvo que ser arrancado de su presa por varios servidores de la corte. El mastín sólo presentaba algunas magulladuras producidas por los palos que su desesperado rival le asestara.

La culpabilidad del caballero de Montargis quedaba así demostrada y vengada la memoria de Montdidier por el más inesperado de sus vasallos, quien poco después se extinguía lentamente, pues no probaba bocado, cayendo en una postración pacífica y muriendo a los dos días del combate, en que tan bravamente defendiera la causa de su dueño.

POR

Carlos Pérez Ruiz

Ilustración de

Una antigua estampa

CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, enero 13 de 1934

Peloponeso y Jazmín ★ *por Hamlim*







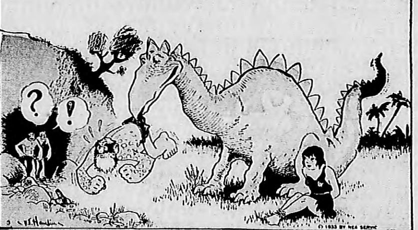


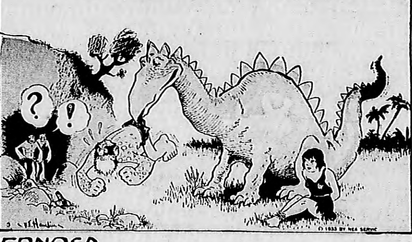


EN EL PICO.











PELEA CAVERNOSA











¡PIF PAF!











LA HUIDA DEL MONSTRUO









UN BAÑO VIRGINAL





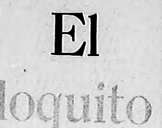














El loquito

por

Juan L. Ortiz

Ilustraciones de Rechain

★

ERA un haz de impulsos que se disparaban a la menor incitación. ¿Qué incitaciones sentía? Nada exteriormente le invitaba a la acción. La más perfecta armonía en torno. Calma traspasada de sol. ¿Calma? Manchas luminosas temblaban debajo del emparrado, los pájaros cantaban, la luz jugaba arriba. ¿Obraba esto, o era una idea repentina, o una sensación imaginaria, o el impulso profundo de las corrientes de su misma vitalidad? El caso era que rara vez podía estarse quieto. Un "petit souvage". Sólo los cuentos que la madre inventaba para él conseguían aquietarlo un poco, en una especie de abstracción soñadora. Un momento nomás.

Esta vidita anárquica tenía que chocar con todo. Tranquilidad doméstica, limpieza doméstica fueron muros contra los cuales hubo de darse su alegría desordenada y ruidosa, su genialidad creadora, y de los cuales se disparaba una palma punitiva que lo dejaba desconcertado un breve instante. Pues, en seguida, se estrellaba nuevamente con el mismo resultado.

También fué un cerco la tranquilidad vecinal, con consecuencias dobles, ya que a la furia llena de amenazas de la viejecita por la casa apedreada o el hijo golpeado, se sumaba siempre la mano maternal, con una retahila ya más inocua de consejos, de gestos y de voces desorientadas que resbalaban por su ligero dolor físico.

Tal tranquilidad no reaccionaba siempre de la misma manera. Eran las alarmas de las señoras por el barullo que armaba en la calle, o ante sus gritos destemplados, sus carreras vertiginosas, interrumpidas de abrazos furiosos o de tirones imprevistos al guardapolvo de sus compañeros, alarmas que por cierto no le tocaban pero que oídas por los muchachos se concretaban a través de éstos en un apodo que acaso hubo de halagar su vanidad: "el loquito", palabras con que todo el barrio infantil quiso herirlo luego, en una especie de confabulación que se manifestaba con motivo de su más leve travesura o de su simple crudeza verbal. Los padres se preocupaban por esta hostilidad, ya que querían cuidar sus relaciones y por las consecuencias serias que podría acarrear a la criatura. Se proponían entonces normalizarlo, atraerlo al común nivel infantil, de noche, cuando se disponía a dormir. (Palabras prudentes que sonaban lejanas de su curiosidad interrogadora, curiosidad que cortaba de pronto ese curso de ética con preguntas sobre el mundo, sobre Dios, o que constituían el monótono compás del desvanecimiento lento de alguna visión: la cola de una lagartija que temblaba aún cortada, unos huevecitos de pájaro que, puestos en un jarro de agua, no se sumergían como sus compañeros...)

Y hacían esfuerzos por explicarse la violencia de su hijo, a la luz de algunas teorías científicas.

La mañana renovaba el mismo ímpetu, los mismos choques, los mismos castigos. En cuanto se levantaba, para asustar al gato o a la perra, prorrumpía en gritos desgarrados.

Pero no estaba hecho sólo de violencia. Tenía gustos delicados como el de cortar flores para regalar a sus amiguitas o para colocar en el florero del escritorio de su papá, elogiando con un énfasis lleno de gracia los colores rientes de ellas. Y centro del menudo corro, la boquita redonda de emoción narrativa, recreaba para sus amigos las imaginaciones con que le había encantado su mamá. Su figurita, ardida y nerviosa, se erguía sobre el pequeño auditorio, vuelto de pronto un círculo de ojos agrandados. Las palabras que él decía no las habían oído ni a sus padres.

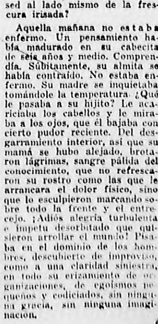
Ensayaron los de él un cambio de ambiente, aunque fuera por breves días, a ver qué reacciones se producían en la criatura. El mismo desparpajo entre las mil curiosidades de la capital. Las mismas carreras impetuosas en el estrecho patio del departamento, los mismos gritos, las mismas peleas con los chicos de al lado. Era, realmente, "incorregible". La más sutil pedagogía hubiera fallado en él. Los modos más suavemente tortuosos eran perfectamente vanos para reducir o canalizar aquel exceso vital, desde que explotaba al fin en otra forma más simpática, por más confortable, para la cordura mayor, pero de igual intensidad alocada.

El pobrecito, sintiéndose dueño del mundo, empezó a sospechar que estaba éste todo acotado y guardado. Un paso que daba y ¡paf! se estrellaba contra una pared. ¡Y qué hermoso era el mundo! ¡Qué colorido, qué misterioso! Todos los días hacía descubrimientos. Su cuerpecito vibraba a cada contacto. Sus pies, por ejemplo, tenían una sensibilidad especial; apreciaban las más fugaces "nuances" táctiles.

Tibieza delicada de la tierra en octubre, con la pátina final, ¿de qué matiz? Sus ojos no podían precisarlo, pues fluía como la arena entre sus dedos. Las sensaciones de la tierra eran más francas, más puras que las del pasto, complicadas, insinuantes, ricas, éstas, pero como él sentía, sin aquel corazón, sin aquel rostro ingenuo que no desconocía, por cierto, las finuras del sentimiento. Pero a la vuelta de esas experiencias estaba ¡ay! la reprimenda maternal confirmada por la habitual cachetada en razón de haberse descalzado e ido a los sitios vecinos "llenos de vidrios y de bichos". La misma que le esperaba si no resistiría a la tentación de meterse en el agua de la calle vecina, cuando llovía, para sentir hasta la rodilla el impulso deliciosa de la corriente florecida de espuma y alegre de barquitos de papel, y la que le aguardaba fatalmente cuando descendía del naranjo enorme de la casa, desde donde había imperado entre una muchedumbre de hojas y una huída de gorriones.

¿Cómo, si el mundo mágico era de él no se le permitía gozarlo? ¿Por qué a cada intento suyo de tomar posesión de sus cosas aparecía siempre un rostro enojado y una mano airada?

Con una rebelión ya germinante, el encierro y la vigilancia le forzaban a juegos pacíficos. Por un momento poseíale la gracia creadora. De sus manecitas inspiradas salían objetos de papel húmedos de aguas multicolores que él extendía igual que una aurora recién despierta: aeroplanos, barquitos cuyas piezas unía con alfileres, y algo que era un erizamiento de papeles de tintas torvas, sombrías y que estaba destinado "a asustar al gatito". O bien era el prodigio de un "ferryboat" hecho con un tarro, unos papeles, unos pedazos de piolín y un palito, tembloroso todo él de banderitas por un agua alborotada que querían dominar las pitadas. Pero se disparaba luego como una flecha hacia el fondo de la casa o ganaba la calle en busca de mayor espacio. Y a fe que la actividad que desplegaba le resarcía de la retención física sufrida. Ardía, podría decirse, si la bienaventuranza admitiese fuego, en el paraíso de la acción, alimentada de sí misma, vuelto una llama que se multiplicaba, que quería abrazarlo todo en su frenesí fulgurante... Porque después de esto era el suyo el aspecto de un ángel caído, lastimosamente azorado entre los rigores de la tierra, bajo el peso de una culpa que él no llegaba a explicarse. Daba pena ver sus ojitos verdes, color de uva, que habían llorado, agrandados de sorpresa dolorosa, y sus labios, gruecesitos, caídos en un gesto doliente. ¿Era malo el correr vertiginosamente? ¿Era malo el saltar agitando los brazos? ¿Era malo el gritar desgarradamente? Recordaba el campo que había conocido. Allá, es cierto, había más espacio. Pero no le permitían alejarse solo con el fox-terrier de la estanzuela. Su padre le seguía "para cuidarlo". ¿Por qué había peligros en la felicidad? Si él no veía más que pájaros y vacas pacíficas. ¡Qué delicioso darse vueltas en el alfalfar! ¡O tenderse a la sombra de un espinillo mientras el perrito, medio metido en una cueva, resoplaba de ahinco y de venganza hacia la vizcacha que le había ensangrentado el hocico! El quería el campo, sí, pero sin papá y sin mamá, a la hora en que la mañana empezaba a fermentar igual que un mosto verde y azul, para hundirse en ella, lejos de las casas, con la única compañía del "chivito". No obstante, y a pesar de las prohibiciones de correr los pavos, sus placeres, sus experiencias campecinas, fueron riquísimas y constituían sus más rientes recuerdos. ¿Por qué no vivía en el campo? Allí, al menos, tenía cierta ilusión de libertad, aunque es cierto que por aparecer ésta más tentadora las limitaciones aparecían tanto más odiosas. ¿Por qué en todos los lugares encontraba tiranos? ¿Por qué no podía beber del agua rutilante que saltaba cerca de él en todas partes? ¿Por qué la tortura de la sed al lado mismo de la frescura irisada?



Aquella mañana no estaba enfermo. Un pensamiento había madurado en su cabecita de seis años y medio. Comprendía. Súbitamente, su almita se había contraído. No estaba enfermo. Su madre se inquietaba tomándole la temperatura. ¿Qué le pasaba a su hijito? Le acariciaba los cabellos y le miraba a los ojos, que él bajaba con cierto pudor reciente. Del desgarramiento interior, así que su mamá se hubo alejado, brotaron lágrimas, sangre pálida del conocimiento, que no refrescaron su rostro como las que le arrancara el dolor físico, sino que lo esculpieron marcando sobre todo la frente y el entrecejo. ¡Adiós alegría turbulenta e ímpetu desorbitado que quisieron arrollar el mundo! Pisaba en el dominio de los hombres, descubierto de improviso, como a una claridad siniestra, en todo su erizamiento de organizaciones, de egoísmos pequeños y codiciados, sin ninguna gracia, sin ninguna imaginación.